

EL MONTE ANÁLOGO

René Daumal

NOVELA DE AVENTURAS ALPINAS NO EUCLIDIANAS Y SIMBÓLICAMENTE VERDADERAS

Título original: Le Monte Analogue, récit véridique.
Publicado por Gallimard. París
Versión directa de Alicia Renard
Revisado y digitalizado por Pablo Martínez Masip

Índice:

EL MONTE ANÁLOGO.....	1
PRÓLOGO.....	1
CAPÍTULO PRIMERO, QUE ES DEL ENCUENTRO	1
CAPÍTULO SEGUNDO, O EL DE LAS SUPOSICIONES	8
CAPÍTULO TERCERO, O EL DE LA TRAVESÍA	14
HISTORIA DE LOS HOMBRES-HUECOS Y DE LA ROSA AMARGA.....	18
CAPÍTULO CUARTO, DONDE SE LLEGA Y EL PROBLEMA DE LA MONEDA SURGE EN TÉRMINOS EXACTOS	19
CAPÍTULO QUINTO, QUE TRATA DE LA INSTALACIÓN DEL PRIMER CAMPAMENTO ..	25
EPÍLOGO.....	28
NOTAS QUE SE ENCONTRARON ENTRE LOS PAPELES DE RENÉ DAUMAL	29
DEFINICIONES	29

PRÓLOGO

Posiblemente lo más extraordinario de René Daumal sea la forma en que vivió su obra literaria. El Monte Análogo, con seguridad su obra más representativa, aunque inconclusa, nos fascina desde el comienzo, como un relato fantástico de imaginación pura, con algo de surrealismo y mucho de metafísica. La trama de la novela nos atrapa, y leemos ávidamente para ver cómo se desarrolla esa maravillosa aventura. Pero súbitamente la historia se interrumpe. Maquinalmente pasamos a la página siguiente y nos encontramos con un "Epílogo" donde se nos explica el por qué de la interrupción, y con unas "Notas" que nos permiten vislumbrar el desenlace. Es entonces cuando comenzamos a comprender que ese relato increíble, que nos pareciera ficción pura, está completamente ligado a la vida de René Daumal. Así es en efecto. Pocos autores han vivido de manera tan completa sus sueños y sus filosofías.

Casi desde la infancia, e indudablemente desde la adolescencia, la vida de Daumal tiene un rumbo definido. El saber de Occidente no le alcanza y se interna dentro del ámbito de Oriente: los Vedas, el

Brahmanismo, el Budismo, el arte y la música de India y China. Queriendo profundizar verdaderamente el estudio de la Indoeuropeo, aprende el sánscrito y llega a ser un experto notable. Pero es muy generoso con su saber. Lo que ha aprendido quiere enseñarlo a los demás. De ahí sus numerosos ensayos y la poesía, que se convierte para él en mucho más que una forma literaria, en el acceso al grado supremo de la conciencia de lo cósmico. Su vida está empeñada en el conocimiento lo absoluto y en compartir ese conocimiento. Se siente responsable por ese saber y se siente con obligaciones para con sus semejantes. La Grande Beuverie, su primera novela, también bajo forma de parábola, quiere ser como un llamado de atención contra las actitudes solamente literarias o teóricas, que no nos atrevemos a vivir o que no somos capaces de vivir. El Monte Análogo iba a mostrarnos el acceso a la gran iluminación, la puerta a través de la cual le será posible al ser humano liberarse de todas las trabas que suelen aprisionarlo.

En medio de toda clase de dificultades, especialmente de orden económico y de salud, trabaja en su libro. De continuo le llegan amigos o visitantes desconocidos que desean acercarse a él, para recibir orientación, consejo o simplemente amistad. A nadie se niega. Así su trabajo se atrasa. Ha trabajado en el libro hasta lo último, pero no llega a concluirlo y queda su novela detenida en mitad de una frase. Novela fragmentaria en la que el lector inquieto y amante de la poesía, encontrará no poca materia para sueños e iluminaciones.

A.R

CAPÍTULO PRIMERO, QUE ES DEL ENCUENTRO

*Algo nuevo en la vida del autor**Montañas simbólicas**Un lector muy serio**Alpinismo en el Pasage del Patriarches**El Padre Mogol**Un parque interior y un cerebro exterior**El arte de trabar relación**El hombre que gustaba de acariciar los pensamientos a contrapelo**Confidencias**Un monasterio satánico**De cómo un diablo en servicio indujo en tentación a un monje ingenioso La industriosa Física**La enfermedad del Padre Mogol*

Una historia de moscas
El miedo a la muerte
A corazón enfurecido razón de acero
Un proyecto alocado reducido a un simple
problema de triangulación
Una ley psicológica.

El principio de lo que voy a contar fue un sobre escrito con letra desconocida. Había en los trazos que formaban mi nombre y la dirección de la "Revista de Fósiles", en la cual yo colaboraba y desde donde me habían hecho llegar la carta, una mezcla de violencia y dulzura. Detrás de las preguntas que me formulé acerca del posible remitente y de su contenido, un presentimiento vago, pero intenso, me hizo evocar la imagen del suelo en la laguna de las ranas. Y desde el fondo, subiendo como una burbuja, me llegó el reconocimiento de que últimamente mi vida se había vuelto por demás tranquila. Así, al abrir la carta, no hubiera podido distinguir si el efecto que me producía era el de una vivificante bocanada de aire fresco o más bien el de una desagradable corriente de aire.

Esa misma letra, ágil y unida, decía de un tirón:

Señor:

He leído su artículo sobre el Monte Análogo. Hasta entonces había creído que yo era el único que estaba convencido de su existencia. Hoy Ya somos dos. Mañana seremos diez, o quizás más aún. Entonces podremos intentar una expedición. Por lo tanto, es necesario es necesario que nos pongamos en contacto cuanto antes. Telefonéeme en cuanto le sea posible a alguno de los números que escribo al pie.

Quedo a su espera.

PIERRE SOGOL, 37, Pasaje des Patriarches, París.

(Seguían cinco o seis números telefónicos a los cuales se podía llamar según las horas del día.)

Ya casi me había olvidado de ese artículo al que se refería mi correspondencia y que había aparecido unos tres meses antes en el número de Mayo de la "Revista de Fósiles".

Halagado por ese signo de interés por parte de un lector desconocido experimenté, sin embargo, cierto malestar al ver tomar tan en serio, trágicamente casi, una fantasía literaria que, si bien en el momento me exaltara, no era ya sino un recuerdo lejano y frío.

Releí el artículo. Se trataba de un estudio bastante superficial sobre el significado simbólico de la montaña en las mitologías antiguas. Las distintas ramas del simbolismo constituían desde tiempo atrás mi estudio favorito (ingenuamente creía entender algo sobre ello) y, por otra parte, amo la montaña como un alpinista, apasionadamente. La unión de ambos intereses – tan diferentes entre sí– sobre el mismo tema, infundió lirismo a algunos pasajes de mi artículo. (Tales uniones, por más incongruentes que parezcan, influyen mucho en la génesis de lo que

vulgarmente recibe el nombre de poesía y esto se lo hago notar a título de sugerencia a los críticos y estetas que se esfuerzan por aclarar el fondo de esa misteriosa forma de expresión).

En síntesis, escribí que en las tradiciones fabulosas la montaña representa la unión entre la Tierra y el Cielo. La cima roza las regiones eternas y la base se ramifica en múltiples estradiciones en el mundo de los mortales. Es el camino mediante el cual el hombre puede elevarse hacia la divinidad y la divinidad revelarse al hombre. Los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento ven al Señor cara a cara en los lugares elevados. Son el Sinaí y el Nebo de Moisés y, en el Nuevo Testamento, el Monte de los Olivos y el Gólgota. Llegué a encontrar ese viejo símbolo de la montaña en las sabias construcciones piramidales de Egipto y de Caldea. Pasando después a los arios, recordaba las oscuras leyendas de los Vedas, en donde se sugiere que el soma o "licor", que es la simiente de la inmortalidad, reside, en su forma luminosa y sutil, "en la montaña". En la India, el Himalaya es residencia de Shiva, de su esposa "la Hija de la Montaña" y de las "Madres" de los mundos; también en Grecia el rey de los dioses tenía su corte en el Olimpo. Justamente en la mitología griega encontré este símbolo complementado con el relato de la insurrección de los hijos de la Tierra, quienes, con sus naturalezas terrestres, sus medios terrestres y sus pies de arcilla, trataron de escalar el Olimpo y de penetrar en el Cielo; por otra parte, ¿no es acaso este mismo designio el perseguido por los constructores de la Torre de Babel, quienes, sin renunciar a sus múltiples y personales ambiciones, pretendieron alcanzar el reino del Único eterno? En China se hablaba de las "Montañas de los Bienaventurados", y los sabios antiguos instruían a sus discípulos a la vera de precipicios.

Después de haber enumerado así las mitologías más conocidas, seguía con consideraciones generales sobre los símbolos, a los que ordenaba en dos clases: aquellos que se someten únicamente a reglas de "proporción" y aquellos que, además, se someten a reglas de "escala". Esta distinción se ha hecho más de una vez, pero acaso convenga recordarla: la "proporción" concierne a la relación de las dimensiones del monumento en sí mismas, y la "escala" concierne a la relación entre esas dimensiones y las del cuerpo humano. Un triángulo equilátero, símbolo de la Trinidad, posee siempre el mismo valor, cualquiera sea su dimensión; carece de "escala". Por el contrario, si tomamos una catedral y hacemos una reducción exacta de algunos decímetros de altura, este objeto, por su forma y proporciones, siempre transmite el sentido intelectual del monumento, aunque haya que examinar con lupa algunos detalles, pero, en cambio, ya no produce la misma emoción ni tampoco provoca las mismas actitudes: ya no

está “en escala”. Y lo que define la escala de la montaña simbólica por excelencia –aquella a la que yo proponía llamar Monte Análogo- es su inaccesibilidad por los medios humanos ordinarios. El Sinaí, el Nebo y hasta el Olimpo se han convertido desde hace mucho en lo que los alpinistas califican de “montañas buenas para que pasten las vacas”, y hasta las cimas más elevadas de los Himalayas ya no se consideran inaccesibles. Por lo tanto, todas esas cimas han perdido su poder análogo. Y el símbolo ha debido refugiarse en montañas absolutamente míticas, como el Monte Meru de los hindúes. Pero el Meru –y tomaremos este único ejemplo-, al carecer de ubicación geográfica, no mantiene aquel sentido emocionante de ser una vía que una la Tierra con el Cielo y si bien puede seguir representando el centro o eje de nuestro sistema planetario, en cambio ya no es el medio por el cual el hombre puede llegar allí.

Terminaba afirmando que para que una montaña pueda desempeñar el papel de Monte Análogo es necesario que la cima resulte inaccesible, pero que su pie sea accesible a los seres humanos tal como la naturaleza los ha hecho. Es necesario que sea única y que exista geográficamente. Pues la puerta hacia lo invisible debe ser visible.

Tal lo que escribí. Y efectivamente, si se tomaba mi artículo al pie de la letra, podía interpretarse que yo creía que en algún lugar de la superficie terrestre existía una montaña mucho más alta que el Monte Everest. Esto, considerado desde el punto de vista de cualquier persona sensata, no podía ser sino un absurdo. ¡Y sin embargo, alguien me estaba tomando completamente en serio! ¡Y hasta me hablaba de “intentar la expedición”! ¿Sería un loco? ¿Un bromista? Pero a mí, me pregunté de pronto, a mí que he escrito este artículo, ¿no podrían acaso mis lectores hacerme la misma pregunta? Veamos, ¿soy un loco o un bromista? Y bien, puedo admitirlo ahora; mientras me formulaba estas preguntas tan desagradables, sentí que, profundamente, y a pesar de todo, algo en mí creía firmemente en la realidad material del Monte Análogo.

Al día siguiente por la mañana llamé a uno de los números telefónicos indicados en la carta y a la hora correspondiente. Enseguida me vi atacado por una voz femenina y mecánica que me informaba “Laboratorios Eurhyme” y me preguntaba con quién quería hablar. Después de escuchar algunos ruidos, una voz de hombre me salió al encuentro:

¡Ah! ¿Es Usted? ¡Qué suerte tiene que el teléfono no transmita los olores! ¿Estará desocupado el domingo? Bueno, entonces venga a mi casa a eso de las once. Haremos un paseíto por el parque antes de almorzar. ¿Cómo dice? ¡Ah! ¿el parque? Sí, es mi laboratorio; creí que usted era alpinista. ¿Sí? Bueno, de acuerdo, ¿no es cierto? ¡Hasta el domingo!

No era un loco. Un loco no desempeñaría un cargo importante en una fábrica de perfumes. ¿Un bromista, entonces? Pero la voz cálida y resuelta no era la de un bromista.

Era jueves. Tres días de espera durante los cuales estuve muy ensimismado.

El domingo por la mañana, después de haber atropellado tomates, resbalado sobre cáscaras de banana y rozado a sudorosas matronas, llegué al Pasaje des Patriarches. Atravesé un vestíbulo, interrogué al espíritu de los corredores y me dirigí hacia una puerta al fondo del patio. Antes de entrar observé que, a lo largo de una pared decrepita que se ensanchaba en el medio, colgaba una cuerda doble desde una ventanita del quinto piso. Entonces –y siempre ateniéndome a lo que conseguía divisar a esa distancia- vi salir por la ventana un pantalón de terciopelo y después medias calzadas en zapatos livianos. Este personaje, cuyo cuerpo terminaba así y que con una mano se agarraba del alféizar de la ventana, hizo pasar los dos cabos de la cuerda entre las piernas, alrededor del muslo derecho, cruzando el pecho en diagonal hasta el hombro izquierdo, por detrás del cuello levantado de su saco corto y por último por delante y por arriba del hombro derecho, y todo eso en un santiamén; después tomó los cabos que colgaban con la mano derecha y los cabos superiores con la izquierda, de un empujón con los pies se separó de la pared y con el torso erguido y las piernas abiertas bajó a una velocidad de un metro cincuenta por segundo, con ese estilo que tan sentador resulta en las fotografías. Apenas acababa de tocar tierra, cuando surgió una segunda silueta que se adelantó por la misma senda; pero este nuevo personaje, al llegar a la parte en que la pared sobresalía un poco, recibió en la cabeza algo parecido a una papa vieja, objeto que fue a aterrizar sobre el empedrado mientras arriba se oía una voz atronadora que decía: “¡Para que se vaya acostumbrando a los desmoronamientos!; llegó hasta abajo sin inmutarse mayormente pero no recuperó la cuerda. Los dos hombres se alejaron y atravesaron el vestíbulo ante los ojos de la portera que los miró pasar con cara de profundo desagrado. Proseguí mi camino, subí cuatro pisos por una escalera de servicio y clavado cerca de una ventana me encontré con un cartel en el que se leían las siguientes indicaciones:

PIERRE SOGOL, profesor de alpinismo. Clases jueves y domingo de 7 a 11 hrs. Acceso: Salir por la ventana, tomar por la cornisa a la izquierda, escalar una chimenea, descansar sobre una plataforma, subir por la pendiente de tejas sueltas, seguir por la cresta de norte a sur evitando a varios gendarmes y entrar por la buharda de la faz este.

Acepté de buen grado esas fantasías a pesar de que la escalera seguía hasta el 5º piso. La “cornisa” era un reborde estrecho del muro; la

“chimenea”, un hueco oscuro que en cuanto se construyera un edificio al lado se cerraría para convertirse en un “patio”; la “pendiente de tejas”, un viejo techo de pizarra; y los “gendarmes”, unas chimeneas con sombrero y casco. Me introduje por la buharda y me encontré con mi hombre. Más bien alto, delgado y fuerte, con bigote duro y negro y cabellos algo enrulados, tenía la tranquilidad de una pantera que, enjaulada, espera que le llegue su hora. Me miró con ojos calmos y me extendió la mano. Mire lo que tengo que hacer para ganarme el pan –me dijo.- Hubiera querido recibirlo mejor.

-Creí que usted trabajaba en la perfumería –le interrumpí.

-No sólo allí. También estoy relacionado con una fábrica de utensilios domésticos, un negocio de artículos para camping, un laboratorio de insecticidas y una empresa de fotograbados. En todas partes me encargo de poner en práctica inventos juzgados imposibles. Hasta ahora me he arreglado, pero, como se sabe que no sé hacer ninguna otra cosa, no me pagan mucho. Entonces doy lecciones de escalada a “chicos bien” que están cansados del bridge y de los viajes de turismo. Póngase cómodo y conozca mi buhardilla.

Se trataba en realidad no de una sino de varias buhardillas cuyos tabiques habían sido derribados y que formaban un largo estudio de techo bajo en uno de cuyos extremos un gran ventanal dejaba pasar abundante aire y luz. Debajo del ventanal se amontonaban los objetos habituales de un laboratorio físico-químico, y a su alrededor se desenroscaba un sendero de grava que imitaba la peor senda de mulas que sea dado imaginar, rodeado por arbustos en macetas o cajones: pequeñas coníferas, palmeras enanas, rododendros. A lo largo del sendero y pegados a los vidrios o colgados de los arbustos o del techo y aprovechando al máximo el espacio libre, podían verse centenares de carteles de reducido tamaño. Cada uno mostraba un dibujo, o una fotografía, o bien una inscripción, y en conjunto constituían una verdadera enciclopedia de lo que damos en llamar “conocimiento humano”. El esquema de una célula vegetal, la tabla de los elementos de Mendeleieff, las claves de la escritura china, un corte del corazón humano, las fórmulas de transformación de Lorentz, cada planeta con sus características, la serie de los caballos fósiles, jeroglíficos mayas, estadísticas económicas y demográficas, frases musicales, los representantes de las grandes familias vegetales y animales, los diferentes tipos de cristales, el plano de la Gran Pirámide, encefalogramas, fórmulas de lógica, tablas de todos los sonidos que se emplean en las diferentes lenguas, mapas, genealogías, todo, en fin, lo que suponemos debe figurar en el cerebro de un Mirándola del siglo XX.

Aquí y allá había vasijas, acuarios y jaulas con animales extravagantes.

Pero mi huésped no permitió que me detuviera a admitir sus holoturias, calamares, argironetas, termitas, osos hormigueros y ajolotes, sino que me llevó por el sendero, en el cual apenas cabíamos uno al lado del otro, y me invitó a recorrer su laboratorio. Gracias a una leve corriente de aire y al perfume de las coníferas, podía tenerse la impresión de que se escalaban los zigzags de un interminable camino de montaña.

-Usted comprenderá- me dijo Pierre Sogol- que tenemos que decidir cosas tan graves, cuyas consecuencias pueden tener tantas repercusiones en todos los ámbitos de nuestras vidas –tanto de la suya como de la mía- que es imposible que entremos en materia inmediatamente sin que primero nos conozcamos un poco. Caminar juntos, conversar, comer, callarse a dúo, eso sí que podemos hacerlo hoy. Más tarde, creo que tendremos ocasión de actuar en común, de sufrir juntos; y todo eso se necesita para “trabar conocimiento”, por así decir.

Como era de esperar, nos pusimos a hablar sobre la montaña. Había estado en todos los picos conocidos más altos de nuestro planeta y sentí que, ese mismo día, poniéndonos cada uno en el extremo de una buena cuerda, podríamos habernos lanzado a las más alocadas aventuras alpinas. Después la conversación anduvo a los saltos, a los traspiés y hasta caímos en contradicciones, y entonces comprendí para qué usaba esos pedazos de cartón que desplegaban ante nosotros todo el saber del siglo. Todos tenemos en la cabeza una colección más o menos amplia de tales figuras y letreros y cuando por casualidad alguna de esas fichas se agrupan en forma no demasiado vulgar, aunque tampoco muy novedosa, nos hacemos la ilusión de que “pensamos” las más elevadas ideas científicas y filosóficas, cuando en realidad eso ha ocurrido gracias a una corriente de aire o simplemente por ese movimiento incesante que las agita, en la misma forma en que se mueven las partículas en suspensión dentro de un líquido, debido al movimiento browniano. En cambio, allí todo ese material se nos presentaba visible delante de nosotros y de ninguna manera podíamos fusionarlo con nosotros. Como si colgáramos guirnalda en clavos, apoyáramos nuestra conversación en esos grabados y cada uno veía con idéntica claridad los mecanismos del pensamiento propio y del ajeno.

Había en la manera de pensar de este hombre – como también en todo su aspecto- una rara mezcla de vigorosa madurez e infantil frescura. Pero además, en la misma forma en que sentía a mi lado sus piernas nerviosas e infatigables, así también sentía su pensamiento, una fuerza tan real como el calor, la luz o el viento. Esta fuerza era esa facultad excepcional de ver las ideas

como hechos externos y de establecer nuevos lazos entre pensamientos que aparentemente no tenían nada que ver unos con otros. Lo escuchaba –hasta me atrevería a decir que lo veía- tratar la historia del hombre como si fuera un problema de geometría descriptiva, y al minuto siguiente hablar de las propiedades de las cifras como si se tratara de especies zoológicas; la fusión y escisión de las células vivas se convertía en un caso particular del razonamiento lógico y el lenguaje deducía sus leyes de la mecánica celeste. Yo le contestaba, pero con mucho esfuerzo, y muy pronto me vi presa del pánico. El lo notó enseguida y entonces comenzó a narrarme su vida.

-Era todavía joven- dijo- y ya había conocido casi todos los placeres y las contrariedades, toda la felicidad y el sufrimiento que puede experimentar el hombre como animal social. No vale la pena entrar en detalles: en los destinos humanos, el repertorio de acontecimientos posibles resulta bastante limitado y todas las historias se parecen entre sí. Le diré solamente que llegó el día en que me encontré solo, completamente solo, y tuve la certidumbre de que había concluido un ciclo de vida. Había viajado mucho, estudiado las ciencias más diversas y aprendido una docena de oficios. La vida me estaba tratando de la misma forma en que un organismo trata a un cuerpo extraño: evidentemente pretendía enquistarme o expulsarme y yo mismo estaba sediento de “otra cosa”. Creí encontrar esa “otra cosa” en la religión. Fue así que entré a un monasterio. Un monasterio bastante singular. Cuál o dónde no viene al caso; sin embargo puedo decirle que pertenecía a una orden que, por lo menos, era herética.

Había en la regla de la orden una costumbre particularmente curiosa. Cada mañana, el Superior nos entregaba a cada uno –éramos unos treinta- un papel doblado en cuatro. Uno de aquellos papeles llevaba la inscripción: Tu hodie y solamente el Superior sabía a quién le había correspondido. Creo que algunos días todos los papeles estaban en blanco, pero como lo ignorábamos el resultado –usted lo verá- era el mismo. “Hoy eres tú”: eso significaba que el hermano que había sido designado, sin que los demás lo supieran, desempeñaría durante todo ese día el papel de “Tentador”. He asistido en algunas tribus africanas a ritos horribles, sacrificios humanos y ritos antropófagos. Pero en ninguna secta religiosa o mágica encontré jamás una costumbre tan cruel como esa institución del tentador cotidiano. Imagínese usted treinta hombres haciendo vida en común, ya un poco desequilibrados por el eterno terror al pecado, mirándose unos a otros con la obsesión de que uno de ellos, sin poder saber cuál, está especialmente encargado de probar su fe, su humildad, su caridad. Esto era algo así como una caricatura diabólica de una idea grandiosa, la idea

de que tanto en nosotros como en nuestros semejantes cohabitan un ser odioso y otro digno de ser amado.

Y hubo algo que me demostró el carácter satánico de esa costumbre: ninguno de los religiosos se negó nunca a representar el papel de “Tentador”. Ninguno, al recibir el tu hodie dudó de su capacidad y dignidad para representar el personaje. El tentador mismo era víctima de una monstruosa tentación. Yo mismo acepté varias veces el papel de agente provocador, por obediencia a la regla, y sin duda es ese el recuerdo más vergonzoso de toda mi vida. Acepté hasta que comprendí la trampa en que había caído. Hasta entonces siempre había logrado desenmascarar al satán de servicio. ¡Eran tan ingenuos esos desgraciados! ¡Siempre con los mismos trucos, que ellos, pobres diablos, creían tan sutiles! Toda su habilidad consistía en hacer un juego alrededor de algunas mentiras fundamentales y comunes a todos tales como: “obedecer las reglas al pie de la letra es cosa de imbéciles que están imposibilitados para captar su sentido último”, o bien: “desgraciadamente yo, con la salud que tengo, no puedo permitirme esos rigores”.

A pesar de ello, el diablo del día consiguió atraparme una vez. Se trataba de un fornido muchachón con unos ojos azules de niño. Durante un descanso se acercó y me dijo: “Me doy cuenta de que me ha reconocido. Con usted no hay nada que hacer: es demasiado perspicaz. Por otra parte, es evidente que no necesita de esas artimañas para saber que la tentación está siempre por doquier alrededor de nosotros o, mejor dicho, dentro de nosotros. Pero vea usted cuán grande es la debilidad humana: con todos los medios que contamos para mantenernos despiertos terminamos por adornar nuestro sueño.

Llevamos el cilicio como quien lleva un monóculo y cantamos maitines como otros se van a jugar al golf. ¡Ay!, si los sabios de hoy en día, en lugar de inventar todo el tiempo nuevas maneras para facilitar la existencia, emplearan su ingenio en fabricar instrumentos que sirvieran para sacar a los hombres de su adormecimiento! Claro que están las ametralladoras, pero ahí se sobrepasa el objetivo.

Tan bien me habló que esa misma noche, con la mente afiebrada, obtuve autorización del Superior para ocupar mis horas de ocio en la invención y fabricación de instrumentos de ese tipo. Muy pronto inventé algunos aparatos enloquecedores: una estilográfica que perdía tinta o salpicaba cada cinco o diez minutos y que estaba destinada a escritores de pluma muy fácil; un minúsculo fonógrafo portátil provisto de un auricular parecido a los audífonos para sordos, con conducción ósea, el cual en los momentos más inesperados interpelaba, por ejemplo: “¿Por quién te tomas?”; un almohadón neumático, que denominé “blanda

almohada de la duda”, que se desinflaba de improviso bajo la cabeza del durmiente; un espejo cuya combadura había sido estudiada en forma tal -jme costó un trabajo!- que cualquier rostro humano asumía al reflejarse en él la apariencia de una cabeza de cerdo; y muchos otros más. Me encontraba, por lo tanto, sumido en mi trabajo —a tal punto que ni siquiera reconocía ya a los tentadores cotidianos, los que estaban en excelentes condiciones para alentarme— cuando una mañana recibí el tu hodie. El primer hermano con quien me encontré fue el muchachón de los ojos azules. Me recibió con una sonrisa amarga que me dejó helado. En ese momento comprendí lo infantil de mis investigaciones y lo ignominioso del papel que se me había ofrecido. Infringiendo todas las reglas fui a hablar con el Superior y le dije que ya no podría aceptar “hacerme el diablo”. Me contestó con dulce severidad, tal vez sincera, quizás profesional. “Hijo mío, veo que en usted hay una incurable necesidad de comprender que no le permitirá permanecer por más tiempo en esta casa. Rogaremos a Dios para que lo atraiga a Su Seno por otras vías.”

Esa misma noche tomé el tren para París. Había ingresado en ese monasterio con el nombre de Hermano Petrus. Salí con el título de Padre Sogol. He conservado ese seudónimo. Los religiosos, mis compañeros, me pusieron ese nombre debido a una conformación espiritual que notaron en mí, y era la causa de que yo tomase, por lo menos para empezar, lo opuesto de todas las afirmaciones que se me propusiesen, que invirtiese siempre causa y efecto, principio y consecuencia, sustancia y accidente. “Sogol” es un anagrama un poco infantil, pretencioso también, pero necesitaba un nombre que sonara bien, además me recordaba una regla de pensamiento que mucho me había aprovechado. Gracias a mis conocimientos científicos y técnicos, bien pronto encontré algunos empleos en distintos laboratorios y establecimientos industriales. Poco a poco me fui readaptando a la vida “del siglo” aunque, la verdad sea dicha, sólo exteriormente pues en el fondo no consigo integrarme en esa agitación de jaula de monos que, muy dramáticamente, recibe el nombre de vida.

Se oyó un timbre.

-¡Ya, ya, querida Física! —gritó el Padre Sogol, y me explicó: -El almuerzo está listo. Vayamos.

Me hizo abandonar el sendero y, mostrándome con un gesto toda la ciencia humana contemporánea inscrita ante nuestros ojos en pequeños rectángulos, dijo con voz profunda:

-Falso, todo falso. No hay una sola de esas fichas de la cual podría decir: he aquí una verdad, aunque sea una pequeña verdad, bien cierta. En todo eso no hay sino misterios y errores. Donde los unos terminan los otros empiezan.

Pasamos a un cuartito completamente blanco donde estaba la mesa servida.

-Por lo menos esto es algo relativamente real, si es que pueden unirse estas dos palabras sin que se produzca una explosión —continuó mientras nos instalábamos a cada lado de unos de esos platos rústicos en los cuales, alrededor de un pedazo de carne hervida, todas las verduras de la estación entrelazan sus vapores.

Hasta es necesario que esta buena Física ponga en marcha toda su vieja astucia bretona para reunir sobre mi mesa los elementos de una buena comida en la que no intervengan ni sulfato de barita, ni gelatina, ni ácido bórico, ni ácido sulfúrico, ni aldehído fórmico, ni ninguna otra droga de la industria alimenticia contemporánea. Un buen puchero vale más que cualquier filosofía mentirosa.

Comimos en silencio. Mi anfitrión no se creía en la obligación de charlar mientras comíamos, cosa que aprecié mucho. No temía callar cuando no tenía nada que decir, ni tampoco reflexionar antes de hablar. Ahora, al transcribir nuestra conversación, temo haber dado la impresión de que hablaba sin cesar; en realidad, sus relatos y confidencias estuvieron entrecortados por largos silencios y a menudo fui yo quien habló; a grandes trazos, le conté mi vida hasta ese día, pero no vale la pena que lo reproduzca aquí; en cuanto a los silencios, resulta imposible relatarlos con palabras. Solamente la poesía podría lograrlo.

Después de almorzar volvimos al “parque”, debajo del ventanal, y nos recostamos sobre alfombras y almohadones de cuero: es un medio muy simple de conferir espacio a un ambiente de techo bajo. Física trajo silenciosamente el café y Sogol volvió a hablar.

-Con esto se llena el estómago pero nada más, con un poco de dinero se extraen de la civilización las pocas satisfacciones corporales elementales. Todo lo demás es falso. Falsedades, tics, trucos: ahí está toda nuestra vida, entre el diafragma y la cavidad craneana. Bien lo dijo mi Superior: me aqueja una incurable necesidad de comprender. No quiero morirme sin haber comprendido por qué viví. Y usted, ¿ha tenido alguna vez miedo a la muerte?.

Silenciosamente escarbé entre mis recuerdos, recuerdos tan profundos que nunca habían sido alcanzados por palabras. Y dije con dificultad:

-Sí. Alrededor de los 6 años, oí hablar de moscas que pican a las personas dormidas. Alguien me dijo en broma que “cuando uno se despierta, se muere”. Esa frase me obsesionó. A la noche, en la cama, con la luz apagada, intentaba representarme la muerte, el “nada más”. Suprimía con la imaginación todo aquello que constituía el decorado de mi vida y poco a poco me vi apretado por círculos de angustia cada vez más estrechos: no habrá más “yo”, yo, ¿y qué es, yo?; no lograba aprisionarlo, “yo” se me escurría como un pez de entre las manos de un ciego y no podía dormirme. Durante tres años esas noches de

interrogantes en la oscuridad se repitieron con mayor o menor frecuencia. Después, cierta noche se me ocurrió una idea maravillosa: en vez de padecer esa angustia trataría de observarla, de ver dónde estaba y qué era. Entonces comprendí que estaba ligada a algo que se me crispaba en el vientre y debajo de las costillas y también en la garganta. Recordé mi propensión a las anginas y traté de aflojarme y de relajar el vientre. La angustia desapareció. En ese estado traté de volver a pensar en la muerte, y esa vez en lugar de ser presa de la angustia, me invadió un sentimiento nuevo, cuyo nombre me era desconocido, y que tenía algo de misterio y algo de esperanza.

-Y entonces usted creció, estudió, y comenzó a filosofar, ¿no es cierto? Todos hemos pasado por ahí. Parecería que hacia la adolescencia la vida interior de los seres humanos jóvenes de pronto se viera privada de voluntad y desprovista de su valor natural. El pensamiento no osa afrontar la realidad o la fantasía cara a cara, directamente, y comienza a mirarlos a través de las opiniones de los "grandes", a través de la lectura y de las clases de los profesores. Sin embargo, queda una voz que no está del todo muerta y que a veces grita –cada vez que lo consigue o cada vez que un vaivén de la existencia afloja la mordaza-, grita sus preguntas, pero inmediatamente la ahogamos. Y así comenzamos a comprendernos. Puedo confesarle, en consecuencia, que tengo miedo a la muerte. No de aquello que uno se imagina que es la muerte, pues ese mismo miedo es imaginario, ni tampoco a la muerte cuya fecha se consignará en el registro civil, pero sí a la muerte que experimento a cada instante, a la muerte de esa voz que también a mí desde el fondo de mi infancia me pregunta: "¿Qué soy?" y que todo, dentro y fuera de nosotros, parece querer ahogar ahora y siempre. Cuando esa voz calla -¡y lo hace tan a menudo!- me convierto en un armazón hueco, un cadáver que se agita. Tengo miedo que repentinamente se calle para siempre o que despierte demasiado tarde –como en su cuento de las moscas-: cuando se despierta, uno ha muerto.

¡Así es! –dijo, casi con violencia-. Lo esencial se lo he dicho. El resto no son más que detalles. Desde hace años espero el momento de poder decirle todo esto a alguien.

Se sentó y me dí cuenta de que ese hombre debía tener una razón de acero para poder resistir a la presión de la locura candente dentro de sí mismo. Ahora se había tranquilizado algo y parecía aliviado.

-Mis únicos ratos tranquilos- continuó, después de haber cambiado de posición- eran en el verano, cuando me ponía nuevamente los zapatos claveteados, tomaba la mochila y la piqueta para corretear por las montañas. Nunca tuve vacaciones muy largas, pero ¡al poco tiempo que tenía le sacaba el jugo! Después de diez u once

meses pasados perfeccionando aspiradoras de polvo o perfumes sintéticos, al cabo de una noche en tren o un día en ómnibus, cuando llegaba a los primeros campos nevados con los músculos a la miseria por los venenos de la ciudad, solía romper a llorar como un idiota, con la cabeza vacía, los miembros ebrios y el corazón henchido. Días más tarde, apuntalado en una hendidura o cabalgando una arista, volvía a reencontrarme, a reconocer dentro de mí personajes a los que no veía desde el verano anterior. Y sin embargo, después de todo, esos personajes eran siempre los mismos.

Y bien, en mis lecturas y en mis viajes, había oído hablar, igual que usted, de hombres de raza superior que poseen las llaves de todo aquello que para nosotros resulta misterioso. Y no conseguía resignarme a considerar simple alegoría la idea de una humanidad invisible, interior a la humanidad visible. La experiencia demuestra, me decía a mí mismo, que un hombre no puede, directamente y por sí solo, alcanzar la verdad; es necesaria la existencia de un intermediario, humano en ciertos aspectos y sobrehumano en otros. En algún lugar de la tierra, esta humanidad superior debe existir necesariamente, sin ser absolutamente inaccesible.

Y entonces, ¿no tendría que consagrar todos mis esfuerzos a descubrirla? Aún cuando, si a pesar de mi certeza, fuese víctima de una ilusión monstruosa, nunca habría perdido nada en tales esfuerzos puesto que, en suma, sin esa esperanza toda la vida carece de sentido.

Pero ¿dónde buscar? ¿Por dónde empezar? Ya había corrido bastante mundo, metiendo mis narices en todos lados, en toda clase de sectas religiosas y escuelas místicas y siempre me había encontrado ante la duda: ¿sí o no, será o no será? ¿Por qué habría orientado mi vida en un sentido más que en otro? Usted comprende, yo carecía de piedra de toque. Pero el hecho de ser dos, todo lo cambia. Y no es que la tarea se vuelva dos veces más fácil, no: de imposible se vuelve posible. Es como si para medir la distancia desde un astro hasta nuestro planeta, poseyera solamente un punto conocido sobre la superficie terrestre: el cálculo resulta imposible, pero si tengo un segundo punto, se hace posible porque puedo construir un triángulo.

Este brusco internarse en la geometría era muy suyo. No sé si lo comprendía bien y más tarde llegué a saber que en su razonamiento sólo había un error prácticamente ínfimo: era la fuerza suya la que me convencía.

-Su artículo sobre el Monte Análogo me ha iluminado –prosiguió- Existe.

Lo sabemos ambos. Habrá que descubrirlo. ¿Dónde? Eso es cuestión de cálculo. Le prometo que dentro de algunos días habré precisado, con bastante exactitud, su posición geográfica. Y entonces partiremos de inmediato, ¿no es cierto?

-Sí, pero ¿cómo? ¿Por qué vía, con qué medio de transporte, con qué dinero y por cuánto tiempo?

-Esos no son sino detalles. Por otra parte, estoy seguro de que no seremos los únicos. Dos personas pueden convencer a una tercera y después es como la bola de nieve, aunque haya que tener en cuenta lo que la pobre gente da en llamar "sentido común"; sentido común, como el que tiene el agua al correr, pero siempre que no la pongamos a hervir o en una heladera para que se congele. Y sin embargo, bueno, si el fuego no alcanzara, golpearíamos el hierro hasta que caliente. Fijemos la primera reunión para el próximo domingo, aquí en mi casa. Tengo unos cinco o seis camaradas, buenos camaradas, que sin duda vendrán. También conozco a una persona en Inglaterra, y a otras dos en Suiza; también vendrán ya que hace mucho convinimos en reunirnos en caso de realizar excursiones importantes. Y ya lo creo que ésta será una excursión importante.

-Por mi parte, se me ocurren algunas personas que podrían reunírseos.

-Invítelas entonces para las 4 de la tarde, pero usted venga antes, a eso de las 2. Para entonces seguramente habré concluido mis cálculos. ¿Cómo, ya tiene que irse? Bueno, la salida está aquí —me dijo mientras me mostraba la ventanita de donde colgaba la cuerda.

Solamente Física usa la escalera. ¡Hasta pronto! Me envolví en la cuerda, que olía a pasto y a establo, y en unos instantes estuve abajo.

Una vez en la calle, me invadió una sensación de extrañeza, de desarraigo, mientras iba resbalando sobre cáscaras de banana, atropellando tomates y rozando sudorosas matronas.

Si durante el trayecto desde el Pasaje des Patriarches hasta el departamento en que vivía en el barrio de Saint-Germain-des-Prés, se me hubiera ocurrido estudiarme como a un extraño transparente, habría descubierto una de las leyes que rigen el comportamiento de los "bípedos sin plumas e ineptos para la intelección de la cifra Pi", según la definición que da el Padre Sogol de la especie a la que pertenecemos él, usted y yo. Esa ley podría formularse de la siguiente manera: "resonancia a las afirmaciones más cercanas", aunque los guías del Monte Análogo, al exponérmela más adelante, la denominaron simplemente la camaleona. El Padre Sogol me convenció, de eso no cabe duda, y al escucharlo, me preparé a seguirlo en su alocada expedición. Pero a medida que me iba acercando a mi domicilio, en el cual encontraría todas mis viejas costumbres, empecé a imaginarme a mis colegas de la oficina y a mis cofrades escritores mientras escucharan el relato de la asombrosa entrevista que acababa de tener. Imaginé sus sarcasmos, su escepticismo, su conmiseración. Comencé a desconfiar de mi ingenuidad y de mi credulidad. hasta el punto de que, cuando empecé a contarle a mi mujer la conversación con Sogol, me

encontré usando expresiones tales como: "un extraño tipejo.", "un monje exclaustro.", "un inventor medio chillado", "un proyecto extravagante." ¡Cuál sería mi estupor entonces cuando, al terminar mi relato, oí que ella me decía!

-Tiene razón. Esta noche misma empiezo a preparar las valijas. Pues no son solamente ustedes dos. ¡Ya somos tres!

-¿Quieres decir que tomas todo esto verdaderamente en serio?

-¡Es la primera idea seria con la que me encuentro en mi vida!

Y es tan grande el poder de la ley Camaleónica que volví a considerar el proyecto del Padre Sogol como algo absolutamente razonable.

Así fue como nació el proyecto de una expedición al Monte Análogo. Ahora que he empezado, habrá que seguir: cómo quedó demostrada la existencia en nuestro planeta de un continente desconocido hasta entonces, con montañas mucho más altas que el Himalaya; por qué se lo ignoró hasta ahora; cómo llegamos allí; con qué seres nos encontramos; la forma en que otra expedición, cuyos fines eran distintos, corrió el riesgo de perecer de la manera más espantosa; cómo poco a poco comenzamos a echar raíces, por así decir, en ese nuevo mundo y cómo, sin embargo, el viaje apenas acababa de empezar.

Muy alto y muy lejos en el cielo, mucho más allá de los sucesivos círculos que van formando los picos cada vez más elevados y las nieves cada vez más blancas, en medio de un resplandor que resulta insoportable para los ojos humanos, e invisible por el exceso de luz que lo rodea, se yergue la punta última del Monte Análogo. "Allí, en una cima más aguda que la aguja más fina, está aquél que llena el espacio íntegro. Allí, en lo alto, en ese aire sutil donde todo hiela, subsiste únicamente el cristal de la última estabilidad. Allí, en medio del fuego celeste donde todo arde, sólo subsiste el perpetuo incandescente. Ahí, en el centro del todo, está aquel que ve el acaecer de todas las cosas, comienzo y final". Y esto es lo que allí arriba cantan los montañeses. Así es. "Y dices que así es, pero si hace un poco de frío, tu corazón se vuelve topo; si hace algo de calor, tu cabeza se llena de una nube de moscas; si tienes hambre, tu cuerpo se convierte en un asno que ni a garrotazos marcha, y si estás cansado, se te imponen los pies!". Y esto también lo cantan los montañeses, mientras escribo, mientras busco la forma de revestir esta historia verdadera para que resulte creíble.

CAPÍTULO SEGUNDO, O EL DE LAS SUPOSICIONES

*Presentación de los invitados
Un truco de orador*

Ubicación del problema
Hipótesis insostenibles
Hasta el colmo de lo absurdo
Navegación no-euclidiana en un plato
Astrónomos de referencia
De cómo el Monte Análogo existe y sin embargo es como si no existiera
Vislumbre sobre la verdadera historia de Merlín el mago
Invencción, pero con método
La puerta solar
Explicación de una anomalía geográfica
El centro de la tierra
Un cálculo delicado
El Redentor de los millonarios
Un ingrato poético
Un ingrato amistoso
Una ingrata patética
Un ingrato filosófico
Precauciones.

El domingo siguiente, a las dos de la tarde, hice pasar a mi mujer al “laboratorio” del Pasagge des Patriarches y, al cabo de una media hora, formábamos los tres una asociación para la cual nada era ya imposible.

El Padre Sogol casi había terminado sus misteriosos cálculos, pero reservaba su exposición para un poco más tarde, cuando todos los invitados se hallaran presentes. Mientras tanto convinimos en ir describiéndonos mutuamente a las personas que habíamos convocado.

De mi parte eran:

Iván Lapse, 35 a 40 años, ruso, de origen finlandés, lingüista notable. Notable sobre todo entre los lingüistas por ser capaz de expresarse, en forma oral o escrita, con precisión, elegancia y corrección en tres o cuatro idiomas distintos. Autor de *El idioma de los idiomas* y de una *Gramática comparada de los lenguajes gesticulados*. Un hombrecillo pálido de cráneo alargado y calvo, coronado por cabellos negros, de ojos negros, oblicuos y alargados, de nariz fina, de cara aplastada, de boca un poco triste. Excelente glaciariista, con debilidad por los vivaques en alta montaña.

Alphonse Camard, francés, 50 años, poeta fecundo y estimado, barbudo, ancho de espaldas, con un aspecto apático a lo Verlaine compensado por una voz muy cálida y bella. Una enfermedad del hígado le impedía realizar excursiones largas y se consolaba escribiendo hermosos poemas sobre la montaña.

Emile Gorge, francés, 25 años, periodista, mundano, insinuante, apasionado por la música y la coreografía, temas sobre los cuales escribía brillantemente. Virtuoso del *rappel*, prefería el descenso a la subida. Pequeño, de conformación extraña, con cuerpo menudo y cara regordeta, boca ancha y prácticamente sin mentón.

Judith Pancake, por último, una amiga de mi mujer, norteamericana, de unos treinta años de

edad, pintora de alta montaña. Es en realidad el único pintor auténtico de alta montaña que conozco. Ha comprendido perfectamente que la vista que se tiene desde un pico alto no puede inscribirse en los mismos marcos perceptivos que una naturaleza muerta o un paisaje corriente. Sus telas expresan admirablemente la estructura circular del espacio en las regiones elevadas. No se considera a sí misma “artista”. Pinta sencillamente para “guardar recuerdos” de sus ascensiones. Pero lo hace con tal conciencia artesana, que sus cuadros, de perspectivas curvas, recuerdan en forma asombrosa esos frescos en los que los antiguos pintores religiosos trataban de representar los círculos concéntricos de los mundos celestes.

De parte de Sogol, eran, según su descripción:

Arthur Beaver, 45 a 50 años, médico; yachtman y alpinista, inglés por ende; sabe los nombres latinos, las costumbres y las propiedades de todos los animales y vegetales de todas las grandes montañas del globo. Sólo se siente verdaderamente feliz cuando está por encima de los 15.000 pies de altura. Me ha prohibido publicar durante cuánto tiempo y con qué ayuda consiguió quedarse en la cima de uno de los montes del Himalaya, porque dice que “como médico, como caballero y como alpinista verdadero, teme a la gloria como a la peste”. Es de cuerpo grande y huesudo, cabellos de oro y plata más pálidos que su cara tostada, cejas puntiagudas y labios que oscilan delicadamente entre ingenuidad e ironía.

Hans y Karl, dos hermanos –nunca se los nombra por el apellido– de unos 25 y 28 años respectivamente, austríacos, especialistas en escaladas acrobáticas. Ambos rubios, pero el primero de corte más bien alargado y el segundo más cuadrado. Musculaturas inteligentes, dedos de acero y vista de águila. Hans estudia físico-matemáticas y astronomía. Karl se interesa especialmente en las metafísicas orientales.

Arthur Beaver, Hans y Karl, eran los tres compañeros de los cuales Sogol me había hablado y que formaban un equipo inseparable.

Julie Bonasse, de 25 a 30 años, belga, actriz. En ese entonces tenía bastante éxito en la escena de París, Bruselas y Ginebra. Era la confidente de una multitud de jóvenes excéntricos a los que guiaba por las sendas de la espiritualidad más sublime. Decía “adoro Ibsen” y “adoro las bombas de chocolate” con el mismo tono de idéntica convicción, y a uno se le hacía agua la boca. Creía en la existencia del “hada de los glaciares” y, en invierno, esquiaba mucho en las estaciones teleféricas.

Benito Cicoria, de unos treinta años, sastre de señoras en París. Menudo, coqueto y hegeliano. Aunque italiano de origen, pertenecía a la escuela de alpinismo que –grosso modo– podría denominarse “escuela alemana”. El método de esa escuela puede resumirse así: se ataca la faz

más abrupta de la montaña por el corredor que se presente peor y donde haya más desprendimientos de piedras, se sube de un tirón hasta la cima, sin permitirse la búsqueda de rodeos más cómodos ni a izquierda ni a derecha; en general esto termina con la muerte, aunque de vez en cuando sucede que una cordada nacional consigue llegar viva hasta la cima.

Junto con Sogol, mi mujer y yo, éramos doce personas.

Los invitados fueron llegando con mayor o menor puntualidad. Quiero decir que, habiéndose fijado el encuentro para las cuatro, Beaver fue el primero a las tres y cincuenta y nueve, y Julie Bonasse, que fue la última, y que se había atrasado por estar ensayando, llegó cuando acababan de dar las cuatro y media.

Una vez pasado el barullo de las presentaciones, nos instalamos alrededor de una gran mesa montada sobre caballetes y nuestro huésped tomo la palabra. A grandes rasgos recordó la conversación que mantuviera conmigo, afirmó su convicción en la existencia del Monte Análogo y declaró que se disponía a organizar una expedición para explorarlo.

-La mayoría de nosotros –prosiguió– conoce ya la forma en que he podido, en una primera aproximación, limitar el campo de mis investigaciones. Pero hay dos o tres personas que no están todavía al corriente y para ellas, y también para refrescar la memoria de los demás, retomaré la exposición de mis deducciones.

Me echó entonces una mirada maliciosa y autoritaria, con la que me exigía complicidad en esta hábil mentira. Pues por supuesto nadie estaba al tanto de nada. Pero gracias a esta simple artimaña, cada uno tenía la impresión de formar parte de una minoría ignorante, de ser uno de los “dos o tres que no estaban al corriente”, creía sentir alrededor de él la fuerza de una mayoría convencida y con apuro quería dejarse convencer a su vez. Este método de Sogol para, como él lo dijera más tarde, ponerse “el auditorio en el bolsillo”, no era sino una simple aplicación – así decía él- del método matemático que consiste en “considerar el problema como si estuviese “resuelto”; o bien, pasando a la química, “ejemplo de una reacción de proximidad”. Pero si esta artimaña se ponía al servicio de la verdad, ¿ se podía seguir llamándola mentira? Lo cierto es que todos aguzaron sus más íntimos oídos.

-Voy a resumir –dijo– los antecedentes del problema. En primer lugar, el Monte Análogo debe ser mucho más alto que las mayores montañas conocidas hasta la fecha. Su cima debe resultar inaccesible a los medios conocidos hasta ahora.

Sin embargo, su base debe sernos accesible, y sus laderas inferiores actualmente deben estar habitadas por seres humanos similares a nosotros, puesto que es la vía que une efectivamente nuestro reino humano actual con

las regiones superiores. Habitadas y por lo tanto habitables. Y que presenten un conjunto de condiciones de todo tipo, climáticas, de flora y fauna, de influencias cósmicas, pero no mayormente diferentes de las de nuestros continentes. El monte mismo, por el hecho de ser tan alto, debe tener una base lo suficientemente ancha como para sostenerlo: debe tratarse de una superficie terrestre de por lo menos el tamaño de alguna de las islas más vastas de nuestro planeta, como Nueva Guinea, Borneo, o Madagascar, hasta Australia, quizás.

Una vez admitido esto, surgen tres preguntas: ¿Cómo es que ese territorio ha escapado hasta ahora a las investigaciones de los exploradores? ¿Cómo se llega a él? ¿Y dónde se encuentra?

Contestaré primero a la primera pregunta, que tal vez parezca la de más difícil solución. ¿Cómo? ¿Podría ser que existiera sobre nuestra Tierra una montaña mucho más alta que las mayores cimas del Himalaya y que nadie lo haya notado todavía? Sin embargo, a priori y en virtud de las leyes de la analogía, sabemos que debe existir. Para explicar que haya podido pasar inadvertida, se presentan varias hipótesis. En principio, podría encontrarse en el continente austral, que todavía se conoce muy poco. Pero tomando el mapa de los puntos ya tocados en ese continente y determinando, por medio de una sencilla construcción geométrica, el espacio que la mirada humana puede abrazar partiendo desde esos puntos, se comprueba que una altura mayor de 8.000 metros no habría podido pasar inadvertida, tanto en esa región como en cualquiera otra del planeta.

Este argumento me pareció bastante discutible desde el punto de vista geográfico. Pero, felizmente, nadie le prestó mayor atención. Y prosiguió:

-¿Trataríase entonces de una montaña subterránea?

Hay algunas leyendas –que se escuchan especialmente en Mongolia y en el Tibet- en las que se hace alusión a un mundo subterráneo, habitado por el “Rey del mundo”, donde se conserva como semilla imperecedera el conocimiento tradicional. Pero esta morada no responde a la segunda condición existencial del Monte Análogo; no podría ofrecer un medio biológico suficientemente similar a nuestro medio biológico ordinario; y aún en el caso de que ese mundo subterráneo exista, quizá se encuentre precisamente en los flancos del Monte Análogo. Por ser inadmisibles todas las hipótesis de ese tipo, nos vemos obligados a proponernos el problema de manera distinta. El territorio buscado debe existir en alguna región de la superficie del planeta; debe estudiarse entonces en qué condiciones resulta inaccesible, no solamente a los navíos, aviones y demás vehículos, sino también hasta a la misma mirada. Lo que quiero decir es que bien podría existir en el centro de

esta mesa sin que nos percatáramos de ello en lo más mínimo.

Voy a permitirme usar una imagen analógica de lo que debe ser, para que me comprendan mejor.

Fue entonces a la pieza de al lado a buscar un plato que puso sobre la mesa y en la que vertió aceite. Después rompió un papel en pedacitos minúsculos y los echó sobre la superficie del líquido.

-He tomado aceite porque este líquido, muy viscoso, será más demostrativo que el agua, por ejemplo. Esta superficie aceitosa es la superficie terrestre. Este pedacito de papel es un barco. Con la punta de esta aguja fina empujo con cuidado el barco hacia el continente; como ustedes ven no consigo que toque tierra. Al llegar a unos milímetros de la costa en apariencia es rechazado por un círculo de aceite que rodea el continente. Por supuesto que si lo empujo con mayor fuerza consigo atracar. Pero, si la tensión superficial del líquido fuera suficientemente grande, verían que el barco contornea el continente sin tocarlo nunca. Supongamos ahora que esta estructura invisible de aceite alrededor del continente rechace no solamente los cuerpos llamados "materiales", sino también los rayos luminosos. El navegante que se encuentra en el barco no solamente contornea el continente sin tocarlo sino sin ni siquiera verlo.

Esta analogía es, sin embargo, demasiado grosera; la dejaremos entonces. Por otra parte ustedes saben que en realidad cualquier cuerpo ejerce una acción repulsiva de ese tipo sobre los rayos luminosos que pasan cerca de él. El hecho, previsto teóricamente por Einstein, ha sido verificado por los astrónomos Eddington y Crommelin el 20 de mayo de 1919, durante un eclipse de sol; comprobaron que una estrella podía resultar visible aún cuando se encontrase ya, con respecto a nosotros, detrás del disco solar.

Esta desviación es sin duda mínima. ¿Pero no podría ser que existieran otras sustancias desconocidas hasta ahora —y desconocidas por esa misma razón— capaces de crear en torno una curvatura del espacio mucho más acentuada? Así debe ser, pues es la única explicación posible de la ignorancia en que hasta ahora ha permanecido la humanidad en lo que respecta a la existencia del Monte Análogo.

Esto es lo que he establecido sencillamente eliminando todas las hipótesis insostenibles. En algún lugar de la Tierra existe un territorio de por lo menos algunos miles de kilómetros de diámetro sobre el que se eleva el Monte Análogo. El basamento de ese territorio está formado por materiales que poseen la propiedad de curvar el espacio en torno de manera tal que toda esa región se encierra dentro de un cascarón de espacio curvo. ¿De dónde vienen esos materiales? ¿Tienen acaso un origen extraterreno? ¿Vienen tal vez de esas regiones centrales de la Tierra cuya naturaleza física nos

resulta poco menos que desconocida de modo tal que lo único que podemos decir es que, según los geólogos, la vida de cualquier materia resulta imposible, ya sea en estado sólido, líquido o gaseoso? Lo ignoro, pero nos enteraremos, in loco, tarde o temprano. Lo que también puedo deducir es que este cascarón no debe estar completamente cerrado; debe tener una abertura en su parte superior para poder recibir las radiaciones de toda índole que le lleguen de los astros y que son necesarias para la vida de los hombres comunes, y además debe englobar una masa importante del planeta y sin duda hasta abrirse hacia su centro por una razón similar.

Se levantó para trazar un croquis sobre un pizarrón.

-Esta es la forma en que, esquemáticamente, podemos representarnos ese espacio; las líneas que trazo representan lo que serían, por ejemplo, los trayectos de los rayos luminosos; ustedes ven que, en cierto sentido, esas líneas directrices se expanden en el cielo, donde se reúnen al espacio general de nuestro cosmos.

Esta expansión debe producirse a una altura tan elevada —muy superior al espesor de la atmósfera— que no podemos ni soñar con penetrar en el "cascarón" desde arriba, en avión o globo.

Si ahora nos imaginamos el territorio en un plano horizontal tendremos el esquema siguiente.

Fíjense que la región misma del Monte Análogo no debe ofrecer ninguna anomalía espacial apreciable, ya que seres como nosotros deben poder subsistir allí. Se trata de un anillo de curvatura, más o menos ancho e impenetrable, que a cierta distancia rodea la región con una muralla invisible e intangible, gracias a la cual, en resumidas cuentas, las cosas suceden como si el Monte Análogo no existiera. Suponiendo —y enseguida les diré por qué— que ese territorio que buscamos sea una isla, represento de la siguiente manera el trayecto de un barco que fuera desde A hasta B. Nos encontramos en ese barco. En B hay un faro. Desde el punto A asesto un antejo en la dirección de marcha del barco; veo al faro B cuya luz ha rodeado el Monte Análogo y nunca se me ocurriría pensar que entre el faro y yo se extiende una isla cubierta por montañas elevadas. Prosigo mi camino. La curvatura del espacio desvía la luz de las estrellas y también las líneas de fuerza del campo magnético terrestre en forma tal que, navegando con sextante y brújula, estaría en todo momento persuadido de que avanzo en línea recta. Sin necesidad de mover el timón, mi barco, curvándose con todo lo que lleva a bordo, seguirá el recorrido que he marcado en el esquema desde A a B. De modo que aunque esta isla tuviera las dimensiones de Australia, resulta comprensible que nadie se haya percatado jamás de su existencia. ¿Se dan cuenta?

Miss Pancake súbitamente empalideció de alegría.

-¡Pero ésta es la historia de Merlín y su círculo encantado! Siempre estuve convencida de que esa estúpida historia con Viviana fue inventada mucho después por algunos alegoristas que no comprendían nada de nada. Precisamente por su naturaleza misma está disimulado a nuestros ojos, dentro de su recinto invisible que puede encontrarse en cualquier lugar.

Sogol calló por unos segundos para mostrar cuán vivamente apreciaba esa sugestión.

Sí – dijo entonces Mr. Beaver- pero ese capitán suyo se dará cuenta algún día de que para ir de A a B está consumiendo más carbón del necesario. De ninguna manera, pues, al seguir la curvatura del espacio, el barco se alarga proporcionalmente a la curvatura; esto es matemático. Las máquinas se alargan, hasta cada pedazo de carbón se alarga.

-¡Ah!, comprendo, sí, todo viene a ser lo mismo. Pero entonces, ¿cómo se hará para penetrar en la isla, siempre y cuando se haya podido determinar su posición geográfica?.

-Ese es el segundo problema que tenemos que resolver. Lo he conseguido siguiendo siempre el mismo principio metódico, que consiste en suponer el problema resuelto y entonces deducir todas las consecuencias que lógicamente se desprenden. Puedo asegurarles que este método no me ha fallado nunca, en ningún campo.

Para encontrar la manera de penetrar en la isla debemos, en primer lugar, proponernos en principio, como lo hiciéramos ya, la posibilidad y hasta la necesidad de penetrar en ella. La única hipótesis admisible es que el “casarón de curvatura” que rodea la isla no sea completamente – o no sea siempre, por todas partes y para todos- infranqueable. En un determinado momento y en un determinado lugar, algunas personas (las que saben y quieren) pueden entrar. Ese momento privilegiado que estamos buscando estará determinado por un patrón de medida del tiempo que sea común al Monte Análogo y al resto del mundo; o sea por un reloj natural y muy probablemente, por el curso del sol. Esta hipótesis está apoyada por algunas consideraciones analógicas, y lo que la confirma es el hecho de que al mismo tiempo resuelve otra dificultad. Volvamos a mi primer esquema. Ustedes pueden comprobar que las líneas de curvatura se pierden en el espacio a una altura bastante elevada. ¿Cómo entonces podría el sol, en su curso diurno, enviar continuamente radiaciones a la isla? Hay que admitir que el sol posee la propiedad de “descurvar” el espacio que rodea a la isla. De manera que al levantarse y al ponerse debe, en alguna forma, agujerear el casarón, ¡y a través de ese agujero entraremos nosotros!

Todos nos quedamos estupefactos ante la audacia y la fuerza lógica de esa deducción. Callábamos. Todos nos habíamos convencido.

-Sin embargo – prosiguió Sogol- quedan todavía algunos puntos teóricos oscuros; no podría afirmar que me represento perfectamente la unión entre el sol y el Monte Análogo. Pero prácticamente, no existe duda alguna. Basta con apostarse al oriente o al occidente del Monte Análogo (exactamente al este o al oeste, si es durante un solsticio) y esperar, según sea el caso, que el sol se levante o se ponga. Entonces, durante algunos minutos –mientras el disco solar no abandone el horizonte- la puerta estará abierta y entonces, lo repito, ¡entraremos!

Hoy ya es tarde. Otro día les voy a explicar (durante la travesía, por ejemplo) por qué se puede entrar por el oeste y no por el este; y esto sucede por una razón simbólica y también debido a las corrientes de aire. Nos falta examinar todavía la tercera pregunta: ¿dónde está ubicada la isla?

Sigamos siempre el mismo método. Una masa de materiales pesados como la del Monte Análogo y su subestructura debería provocar ciertas anomalías perceptibles en los diversos movimientos del planeta, mucho más importantes, según mis cálculos, que las pocas anomalías observadas hasta ahora. Sin embargo, esa masa existe. Por lo tanto, esta anomalía invisible de la superficie terrestre debe estar compensada por otra anomalía. Ahora bien, tenemos la suerte de que precisamente esa anomalía compensadora resulte visible; y visible hasta un grado tal, que desde hace mucho viene escapando a la mirada de geólogos y geógrafos. Se trata de la extraña distribución de tierras emergentes y de mares, que más o menos divide nuestro globo en un “hemisferio terrestre” y un “hemisferio marino”.

Tomó un globo terráqueo que estaba en un estante y lo puso sobre la mesa.

-Este es el principio de mis cálculos. Primero trazo este paralelo entre 50 y 52° de latitud Norte; éste es el que recorre la mayor extensión de tierras emergentes; atraviesa el sur del Canadá, después todo el viejo continente, desde el sur de Inglaterra hasta la isla Sajalín. Ahora trazo el meridiano que atraviesa la mayor extensión de tierras emergentes. Se encuentra entre los 20° y los 28° de longitud Este y atraviesa el viejo mundo, más o menos desde el Spitzberg hasta el África meridional. Le dejo este margen de 8 grados porque se puede considerar al Mediterráneo un mar propiamente dicho o un simple enclavado marítimo dentro del continente. Según algunas tradiciones, habría que hacer pasar ese meridiano exactamente por la gran pirámide de Keops. Esto poco influirá en el principio general. La unión de esas dos líneas se efectúa, como ustedes ven, en algún lugar de Polonia oriental, en Ucrania o en Rusia Blanca, dentro del cuadrilátero Varsovia – Cracovia – Minsk – Kiev.

-¡Maravilloso! –exclamó Cicoria, el sastre hegeliano-. ¡Comprendo! Como la isla que

buscamos tiene posiblemente una superficie mayor que la de ese cuadrilátero, la aproximación basta. El Monte Análogo se encuentra, por lo tanto, en las antípodas de esa región, lo que lo sitúa, déjenme calcular un poco., allí, al sureste de Tasmania y al suroeste de Nueva Zelanda, al este de las islas Auckland.

-Buen razonamiento -dijo Sogol-, buen razonamiento, pero un poco apresurado. Eso sería exacto si las tierras emergentes tuvieran un espesor uniforme. Pero supongamos que recortamos, en un planisferio en relieve, el conjunto de esas grandes masas continentales y que lo suspendemos de un hilo fojado en el cuadrilátero central. Podría preverse que las grandes masas montañosas americanas, euroasiáticas y africanas, la mayoría de ellas situadas debajo del paralelo 50, harían inclinarse acentuadamente el planisferio hacia el lado sur. El peso del Himalaya, de los montes de Mongolia y de los macizos africanos sobrepasaría el de las montañas americanas e inclinará la balanza hacia el este, pero esto no lo sabré antes de efectuar cálculos minuciosos. Por lo tanto, hay que desplazar bastante hacia el sur al centro de gravedad de las tierras emergentes, y tal vez un poco hacia el este. Esto podría llevarnos hacia los Balcanes, o inclusive hasta Egipto, o hacia Caldea, cerca del lugar del Edén bíblico, pero es aún temprano para estas presunciones. De todas maneras, el Monte Análogo sigue en el Pacífico meridional. Todavía voy a pedirles algunos días más para ajustar mis cálculos en forma definitiva. Después necesitaremos algún tiempo para los preparativos; no sólo los relativos a la expedición; se necesitará también tiempo para que cada uno pueda arreglar sus asuntos personales ante la perspectiva de tan largo viaje. Propongo que fijemos la partida para los primeros días de octubre; eso nos deja unos buenos dos meses por delante y así llegaremos al Pacífico meridional en Noviembre, o sea en primavera.

Aún debemos resolver una multitud de problemas secundarios pero que, sin embargo, tienen su importancia. Por ejemplo, los recursos materiales de la expedición.

Arthur Beaver dijo rápidamente:

-Mi yate Imposible es un buen barquito, ha hecho la vuelta al mundo y creo que bien nos puede llevar hasta allí. En cuanto a lo que a dinero se refiere, eso lo veremos todos juntos, pero desde ahora tengo la seguridad de que tendremos todo lo que sea necesario.

-Por esas bondadosas palabras- dijo el Padre Sogol- merece, mi querido Arthur, el título de "Redentor de los millonarios". Eso no quita que tendremos mucho que hacer: y todos tendrán que ayudar. Fijemos, si les parece bien, la próxima reunión para el domingo que viene a las dos. Les comunicaré entonces el resultado de mis últimos cálculos, y trazaremos un plan de cada acción.

Bebimos algunas copas, fumamos un cigarrillo y después, por la buharda, con cuerda y tejiendo sueños, nos fuimos yendo, cada uno por su lado.

Nada especial sucedió durante la semana siguiente, con excepción de algunas cartas. Primero fue una cartita melancólica del poeta Alphonse Camard quien se lamentaba porque, después de mucho pensarlo, había llegado a la conclusión de que el estado de su salud no le permitiría acompañarnos. Sin embargo, su deseo era participar a su manera en la expedición y para ello me enviaba algunas "Canciones de marcha de los montañeses", gracias a las cuales, decía, "su pensamiento nos seguiría en esa magnífica aventura". Las había de todos los tonos y para todas las circunstancias alpinas. Les citaré la que más gustó -aunque sin duda, si no han conocido nunca esos pequeños contratiempos a los que se refiere, la encontrarán un poco tonta, pero, en este mundo hay para todos los gustos.

Lamento de alpinistas desdichados

El té sabe a aluminio, hay doce colchones de paja para treinta hombres, verdad que esto era bien abrigado, pero ellos salieron muy temprano a un aire cortante como una navaja, entre el blanco y el negro. Mi reloj se detuvo. El tuyo está embarullado, estamos todos pegajosos de miel y hay grumos en el cielo. Partimos cuando ya amanece y el nevé amarillea, ya llueve piedras, la mano está torpe de río, hay kerosene en la cantimplora y entumecimiento en los dedos*, y la cuerda tiene tiesuras que parecen "erizos" de deshollinador. El refugio era una pocilga. Lleno de inarmónicos roncadores. Tengo la oreja congelada. La montaña tiene pinta de rufiana. No tengo suficientes bolsillos. Mis sesos caben en un carozo de ciruela, olvidé mi cuchillo pero igual tengo la "mina" a raya. Ya hace 25.000 horas que subimos y siempre estamos abajo, empastados de chocolate, tallamos el verglás ; la nieve a la cual nos aferramos parece cuajada. Hay acritud en las nubes, a dos pasos no se ve nada más que blanco.

Un pequeño alto para no cansarnos, mi mochila se cae alegremente arrastrándome el corazón; de grandes brincos hacia abajo, donde hay manchas más negras que verdes, abismos, gloglós, ferrocarriles, 10.000 mochilas en la morena;

Mochilas falsas y abismos verdaderos, malditos romp huesos, por fin he aquí mi bolsa, meto la papilla sobre mi espalda, armémonos de montones de prudencia y de ciruelas. La rimaya va a reventar de risa, nos hundimos hasta las barbas, he aquí el espacio que cruje, nos hemos equivocado de corredor, nuestras rodillas castañetean como los dientes, el "gendarme" se defiende, tengo un bloque en la cabeza y un "extraplomo" en el estómago, ya no decimos nada más que sed, y dos dedos se me han vuelto verde pálido.

No vimos la cumbre, solamente la lata de sardinas, hemos embrollado todos los rappels, nos

hemos pasado toda nuestra vida desenmarañando la cuerda. Finalmente caímos entre las vacas —“¿Han hecho una linda ascensión?” —“Asombrosa, señora, pero dura”. También recibí una carta de Emile Gorge, el periodista. Le había prometido a un amigo reunirse con él en Oisams en el mes de Agosto, para hacer juntos el descenso del Pico central de la Meige por la pendiente meridional —es sabido que en esa cima una piedra tarda de 5 a 6 segundos antes de tocar la roca- y después de eso tenía que hacer un reportaje en el Tirol, pero no quería que atrasáramos por culpa suya la partida y en cambio, al quedarse en París, se ofrecía para colocar en los diarios todos los relatos acerca del viaje que quisiéramos mandarle.

Por su parte, Sogol recibió una epístola muy extensa, conmovedora, vibrante y patética, de Julie Bonasse, quien estaba desgarrada entre el deseo de seguirnos y su arte, al que debía seguir sirviendo; ése era el sacrificio más cruel que el celoso dios del Teatro le había pedido jamás. y tal vez se habría opuesto si hubiese dado libre curso a sus propias inclinaciones egoístas, pero, ¿qué les ocurriría a esos pobres y queridos amiguitos suyos cuyas almas sufrientes había tomado a su cargo para cuidarlas?

-¿Cómo? —me dijo Sogol después de leerme la carta- ¿no le ha arrancado lágrimas? ¿Tan endurecido está usted que su corazón no se consume como una vela? En lo que a mí respecta, la idea de que a lo mejor aún le asaltasen dudas me hizo escribirle de inmediato para instarla a quedarse junto a sus almas y sus “sublimidades”.

Por último, también Benito cicoria le había escrito. Un exámen profundo de la carta, que constaba de doce páginas, nos llevó a la conclusión de que también él había decidido no acompañarnos. Sus razones estaban expuestas en una serie de “tríadas dialécticas” verdaderamente arquitectónica. Es imposible resumir, para ello habría que seguir toda su construcción y sería un ejercicio peligroso. Citaré una frase al azar: “Aún cuando la tríada posible-imposible-aventura pueda ser considerada inmediatamente fenomenizable y por lo tanto fenomenizante con respecto a la primera tríada ontológica, no lo es sino con la condición —epistemológica en realidad— de un reverso dialéctico cuyo contenido prediscursivo no es sino una toma de posición histórica que implica la reversibilidad práctica de la procesión ontológicamente orientada — implicación que solamente los hechos pueden justificar”. Por supuesto, por supuesto.

En suma. Cuatro “fallutos”, como diría el populacho. Quedábamos ocho. Sogol me confesó que había descontado algunas deserciones y por eso en nuestra gran reunión fingió que no había concluido sus cálculos, cuando en realidad ya estaban hechos. No quiso que la posición

geográfica exacta del Monte Análogo fuera conocida por personas ajenas a la expedición. Veremos más tarde cómo esas precauciones fueron muy sensatas y hasta insuficientes; si todo hubiera sido exactamente de acuerdo con las deducciones de Sogol, si un elemento del problema no se le hubiera escapado, esa insuficiencia en las precauciones habría podido llevar a una catástrofe horrible.

CAPÍTULO TERCERO, O EL DE LA TRAVESÍA

Marinos improvisados

Con las manos en la masa

Detalles históricos y psicológicos

Medida del poder del pensamiento humano

Que podemos contar, en el mejor de los casos, hasta cuatro

Experiencias para demostrarlo

Los víveres

Una huerta portátil

Simbiosis artificial

Aparatos que calientan

La puerta occidental y la brisa del mar

Tanteos

Si los glaciares fueran seres vivos

Historia de los hombres huecos y de la Rosa

Amarga

El problema del dinero.

El 10 de octubre nos embarcamos a bordo del Imposible. Eramos ocho, como se recordará: Arthur Beaver, propietario del yate; Pierre Sogol, jefe de la expedición; Iván Lapse, el lingüista; los hermanos Hans y Karl; Judith Pancake, la pintora de alta montaña; mi mujer y yo. Convinimos en no comunicar a nuestras relaciones la meta exacta de la expedición pues, o nos habrían juzgado insensatos, o —y esto todavía era más probable— habrían creído que estábamos contando cuentos para disimular el fin real de nuestra empresa, sobre la cual se habrían tejido todas las suposiciones imaginables. Anunciamos que íbamos a explorar algunas islas de Oceanía, las montañas de Borneo y los Alpes australianos. Y cada cual arregló sus cosas para una prolongada ausencia de Europa.

Arthur Beaver quiso advertir a su tripulación que la expedición sería larga y tal vez corriera algunos riesgos. Se deshizo, indemnizándolos, de los hombre que tenían mujer e hijos y conservó solamente a tres temerarios, sin contar al “capitán”, un irlandés, excelente navegante. Para quien el Imposible se había convertido en una segunda personalidad. Los ocho restantes decidimos reemplazar a los marineros que faltaban y además ésa era la forma más interesante de pasar el tiempo durante la travesía.

Pero no éramos marinos cabales. Algunos se mareaban. Otros, que al colgar sobre un abismo de rocas heladas se sentían más dueños de sus cuerpos que nunca, no podían soportar sin sentir malestar las largas resbaladas del barquito sobre las pendientes líquidas. Porque a menudo el camino hacia los deseos más sublimes corre a través de lo indeseable.

El Imposible con sus dos palos, navegaba a vela cada vez que el viento lo permitía. Hans y Karl terminaron por comprender con sus cuerpos el aire, el viento y la tela, en la misma forma en que comprendían roca y cuerda. Las dos mujeres hacían toda clase de milagros en la cocina, el Padre Sogol secundaba al “capitán”, marcaba el punto, distribuía las tareas, y estaba pendiente de todo. Arthur Beaver lavaba la cubierta y velaba por nuestra salud. Iván Lapse se iniciaba en la mecánica y yo me estaba convirtiendo en un pañolero pasable.

La necesidad en que estábamos de realizar un trabajo intenso en común nos unió unos a otros como si hubiésemos formado una sola familia, una familia como pocas, inclusive. Sin embargo, formábamos un conjunto de naturalezas y personajes muy dispares y, a decir verdad, a Iván Lapse le parecía a veces que Miss Pancake carecía, irremediablemente, del sentido de la propiedad de los términos; Hans me miraba con mala cara cuando yo pretendía hablar de las ciencias llamadas “exactas” pues me juzgaba irrespetuoso; Karl soportaba con dificultad el trabajar cerca de Sogol quien, según su opinión, tenía olor a negro cuando transpiraba; la expresión de satisfacción del Dr. Beaver cada vez que comía arenques me impacientaba, pero, justamente, el excelente Beaver, como médico y como contramaestre, velaba para que ninguna infección se declarase en el cuerpo o en la psique de la expedición. Siempre estaba allí para arreglar las cosas con alguna broma cariñosa, cuando alguno empezaba a encontrarnos maneras desagradables de caminar, de hablar, de respirar o de comer.

Si escribiera esta historia como en general se escribe la historia, o sea anotando solamente los momentos más gloriosos para formar una sola línea imaginaria, dejaría en la sombra estos pequeños detalles y diría que los ocho tambores de nuestros corazones resonaban de la mañana a la noche con los palillos de un mismo deseo, o cualquier mentira de ese tipo. Pero ese fuego que enardece el deseo y aclara el pensamiento no duraba nunca más de algunos segundos consecutivos; el resto del tiempo uno trataba de recordarlo.

Por suerte las dificultades del trabajo cotidiano en el que cada cual tenía un papel necesario nos volvían a la memoria el hecho de que si estábamos en el barco era por nuestro deseo, que unos a otros nos éramos indispensables y que además nos hallábamos en un barco, una

habitación temporal destinada a llevarnos a otro lugar; y si por casualidad alguien olvidaba esto, no faltaba quién se lo recordase inmediatamente.

Al respecto, el Padre Sogol nos contó que en otra época había realizado experimentos destinados a medir el poder del pensamiento humano. Voy a transcribir únicamente lo que yo llegué a entender. En ese momento me pregunté si todo ello debía tomarse al pie de la letra y, preocupado siempre por mis estudios favoritos, admiré en Sogol al inventor de “Símbolos abstractos”: una cosa abstracta era el símbolo de algo concreto, en contraposición a lo que habitualmente sucede. Pero más tarde comprobé que esos conceptos de abstracto y concreto carecían de mayor significado, cosa que por otra parte debería haber aprendido al leer a Jenofonte de Elea o, sin ir más lejos, a Shakespeare: las cosas son o no son. Como iba diciendo, Sogol trató de “medir el pensamiento” pero no en el sentido de los psicotécnicos o de los que recurren a tests, que se limitan a comparar la forma en que un individuo ejerce tal o cual actividad (a menudo completamente ajena al pensamiento) con la manera en que el promedio de los individuos de la misma edad ejerce la misma actividad. Se trataba de medir el poder del pensamiento en valor absoluto. “Ese poder —decía Sogol— es aritmético. En efecto, todo pensamiento es una capacidad de captar las divisiones de un todo; ahora bien, las cifras no son más que las divisiones de la unidad, las divisiones de absolutamente cualquier unidad. He observado entonces, en mí y en los demás, qué cantidad de cifras puede pensar realmente una persona, es decir, representándose sin descomponerlas y sin recurrir a imágenes; partiendo de una base, cuántas consecuencias sucesivas de un principio puede capturar a la vez instantáneamente; cuántas relaciones de causa a efecto o de fin a medio; y nunca llegué a más allá del número 4. Y aún esta cifra 4 corresponde a un esfuerzo excepcional, que solamente obtuve en contadas oportunidades. El pensamiento de un idiota se detenía en el 1, y el pensamiento común de la mayoría de las personas iba hasta 2, a veces hasta 3, muy raras veces hasta 4. Si les parece bien retomaré con ustedes algunas de esas experiencias. Si quieren tener a bien seguirme”.

Para comprender lo que sigue es necesario rehacer con un poco de buena fé los experimentos propuestos. Eso exige cierto grado de atención, paciencia y tranquilidad.

Y proseguía de la siguiente manera:

-1) Me visto para salir; 2) salgo para ir a tomar el tren; 3) voy a tomar el tren para ir al trabajo; 4) trabajo para ganarme la vida.; traten de agregar un quinto eslabón y estoy seguro de que por lo menos uno de los tres primeros desaparecerá de sus mentes.

Hicimos la prueba; el resultado era exacto y aún bastante generoso.

-Elijan otro tipo de encadenamiento: 1) el bulldog es un perro; 2) los perros son mamíferos; 3) los mamíferos son vertebrados; 4) los vertebrados son animales.; avanzo un poco más: los animales son seres vivos, pero para entonces ya me he olvidado del bulldog; y si me acuerdo del "bulldog", me olvido de "vertebrados". En todos los órdenes de sucesión o división lógicas, podrán ustedes comprobar el mismo fenómeno. Y por eso constantemente tomamos el accidente por la sustancia, el efecto por la causa. El medio por el fin, nuestro barco por habitación permanente, nuestro cuerpo y nuestro intelecto, por nosotros mismos, y nosotros mismos por algo eterno.

Las bodegas de nuestro barquito estaban llenas de provisiones y de diversos instrumentos. Beaver había estudiado el asunto de los víveres no solamente con método sino también con inventiva. Cinco toneladas de distintas sustancias debían resultarnos suficientes para poder alimentarnos los ocho, más los cuatro hombres que formaban la tripulación, durante dos años, y previendo el hecho de que quizá no podríamos reabastecernos en camino. El arte de alimentarse es parte importante del alpinismo, y el doctor había llegado en eso a un alto grado de perfección. Una comida fría, clásica para picnics, compuesta por fiambres, sardinas en aceite, vino y naranjas, con algunas variantes, puede llegar a ser peligrosamente tóxica en una expedición en altitudes elevadas; y, por otra parte, el régimen ordinario del alpinista, sobre la base de frutas secas, azúcar, grasa y harinas, si bien resulta conveniente en excursiones de un día o dos, sería deficiente en alimentos llenantes y en factores catalíticos, en el curso de una expedición prolongada. Beaver había inventado una huerta portátil, cuyo peso no sobrepasaba los quinientos gramos; se trataba de una caja de mica que encerraba tierra sintética, en la que se sembraban semillas de crecimiento extremadamente rápido; en un promedio de dos días cada uno de esos aparatos producía una ración de legumbres en cantidad suficiente para una persona, con el agregado de algunos deliciosos hongos pequeños. También trató de aprovechar los métodos modernos para el cultivo de tejidos; en lugar de criar vacas, se podría —decía él— cultivar los bifos directamente, pero lo único que consiguió hacer fueron unas instalaciones pesadas y muy frágiles, y después unos productos asquerosos, y se vio forzado a renunciar a tales intentos. Valía más privarse de carne.

Con la ayuda de Hans, Beaver perfeccionó también los aparatos respiratorios y de calefacción que había usado en los Himalayas. El aparato respiratorio era muy ingenioso. Se adaptaba a la cara una máscara de tejido elástico. El aire expirado se enviaba a través de un tubo a la "huerta portátil" donde la clorofila de las plantitas jóvenes, sobreactivadas por las

radiaciones ultravioletas de las grandes alturas, se apoderaba del carbono del gas carbónico y le devolvía a la persona el oxígeno suplementario. El juego de los pulmones y la elasticidad de la máscara mantenían una suave sobrecompresión, y el aparato estaba regido de manera que asegurase una tasa óptima de gas carbónico en el aire inhalado. Además, las verduras absorbían el excedente de vapor de agua expirado y el calor del aliento activaba su crecimiento. Así funcionaba, en escala individual, el ciclo biológico végeto-animal, lo que permitía una evidente economía de alimentos. En resumen, se realizaba una especie de simbiosis artificial entre lo animal y lo vegetal. Los demás alimentos se concentraban en forma de harina, aceite sólido, azúcar, leche y queso desecados. Para las alturas más elevadas, nos proveímos de tubos de oxígeno y de aparatos respiratorios perfeccionados. Oportunamente me ocuparé de las discusiones motivadas por ese material y del papel que desempeñó.

El doctor Beaver había inventado en su oportunidad ropa de abrigo a combustión catalítica interna, pero en la práctica comprobó que buena ropa acolchada con forro neumático para conservar el calor del cuerpo bastaba para caminar cuando reinaban los fríos más intensos. Los aparatos de abrigo solamente eran indispensables en los vivaques, y entonces se usaban los mismos calentadores empleados para cocinar, alimentados a naftalina; este cuerpo, muy fácil de transportar, suministra mucho calor con poco volumen, pero, eso sí, hay que quemarlo en un calentador especial que asegure su combustión completa (e inodora, por consiguiente). Sin embargo, como no sabíamos hasta qué alturas podría llegar la expedición, llevamos también, por las dudas, ropa de abrigo con forro doble de amianto platinado dentro de los cuales se introduce aire cargado de vapores alcohólicos.

Por supuesto, también llevábamos todo el equipo común de alpinismo: zapatos claveteados y clavos de todas clases, cuerdas, picos, martillos, mosquetones, piquetas, garfios, raquetas, equipo de esquí, sin contar los instrumentos de observación, brújulas, clinómetros, altímetros, barómetros, termómetros, alidados, aparatos fotográficos y tantos otros.

También armas, fusiles, carabinas, revólveres, cuchillas, dinamita; lo necesario, en fin, para afrontar todos los obstáculos imaginables.

El propio Sogol llevaba el libro de a bordo. Soy demasiado ajeno al oficio del mas como para poder hablar acerca de los incidentes de la navegación, que, por otra parte, fueron poco numerosos y sin mayor interés. Salimos de La Rochelle, hicimos escala en las Azores, en Guadalupe, en Colón y después de atravesar el Canal de Panamá penetramos en el Pacífico sur

en el transcurso de la primera semana de noviembre.

Fue en uno de esos días cuando Sogol nos explicó por qué había que tratar de penetrar en el continente invisible por el oeste, a la puesta del sol, y no por el este, a la salida del sol: es porque entonces, igual que en el experimento de la cámara caliente de Franklin, una corriente de aire frío, proveniente del mar, debía precipitarse hacia las capas inferiores, sobrecalentadas, de la atmósfera del Monte Análogo. En esa forma seríamos aspirados al interior, mientras que al alba y por el este, seríamos rechazados violentamente. Este resultado era, además, simbólicamente previsible. Las civilizaciones, en su movimiento natural de degeneración, se mueven de este a oeste. Para retornar a las fuentes, había que ir en sentido contrario.

Una vez que llegáramos a la región que debía encontrarse al oeste del Monte Análogo, habría que ir tanteando. Avanzábamos a poca velocidad y en el momento en que el disco solar estaba por tocar el horizonte, poníamos la proa hacia oriente y esperábamos, respirando apenas y escudriñando hasta que el sol desaparecía del todo. El mar era hermoso. Pero la espera dura. Así fueron pasando días y más días, cada atardecer con esos pocos minutos de esperanza e interrogantes. La duda y la impaciencia empezaban a asomarse a bordo del Imposible. Felizmente, Sogol nos había advertido que quizá tales tanteos podían llevarnos de uno a dos meses.

Nos aguantábamos. A menudo, para ocupar las difíciles horas que seguían al crepúsculo, nos contábamos cuentos.

Recuerdo que una noche hablábamos de las leyendas relativas a la montaña. Me parecía, dije, que la alta montaña era mucho más pobre en leyendas fantásticas que el mar o el bosque, por ejemplo. Karl lo explicaba a su manera.

-En la alta montaña no cabe lo fantástico –decía– porque la realidad es mucho más maravillosa que todo lo que el hombre pueda imaginar. ¿Acaso es posible soñar con gnomos, gigantes o hidras que puedan rivalizar en poder y misterio con un glaciar, hasta con el más pequeño glaciar? Pues los glaciares son seres vivos, ya que su materia se renueva por un proceso periódico en forma más o menos permanente. El glaciar es un ser organizado: con cabeza, formada por la conchesta, por la que pasta la nieve y traga rocas desmenuzadas, una cabeza que está perfectamente separada del resto del cuerpo por la rimaya, luego un vientre enorme, en el cual se lleva a cabo la transformación de la nieve en hielo, vientre surcado por profundas grietas y por canales que excretan el excedente de agua; en su parte inferior rechaza, en forma de morena, los desechos de su alimento. Su vida se mueve al ritmo de las estaciones. Duerme durante el invierno y despierta en la primavera, con crujidos

y estallidos. Algunos glaciares llegan hasta a reproducirse, mediante procedimientos que de ningún modo son más primitivos que los de los seres unicelulares, ya sea por conjunción y fusión, o bien por una escisión, que da nacimiento a lo que se llama glaciares regenerados.

-Sospecho que en eso hay una definición de la vida más metafísica que científica –dijo Hans-. Los seres vivos se nutren por medio de procesos químicos, mientras que la masa del glaciar se conserva únicamente gracias a procesos físicos y mecánicos: congelación y fusión, compresiones y tirones.

-Muy bien –replicó Karl- pero ustedes los científicos, que justamente están buscando en el estudio de los virus cristalizables, por ejemplo, las formas de transmisión de lo físico a lo químico y de lo químico a lo biológico, deberían obtener muchas enseñanzas de la observación de los glaciares. Tal vez la naturaleza está haciendo allí una primera tentativa para crear seres vivos por medio de procedimientos exclusivamente físicos.

-“Tal vez” –dijo Hans- “tal vez” carece de sentido para mí. Lo que sí es cierto es que la sustancia del glaciar no encierra carbono y por consiguiente no es una sustancia orgánica.

Iván Lapse, a quien le agradaba demostrar su conocimiento de todas las literaturas, interrumpió:

-En todo caso, Karl tiene razón. Victor Hugo notó, volviendo del Rigi –que ya en esa época no era muy alto- que el espectáculo de las altas cimas contraría visiblemente nuestras costumbres visuales, de modo tal que lo natural cobra aspecto sobrenatural. Llega hasta pretender que una mente humana término medio no puede soportar tal desarreglo de sus percepciones y así explica la abundancia de débiles mentales en las regiones alpinas.

-Es cierto, es cierto, aunque esa última suposición sea una mentira –dijo entonces Arthur Beaver-, y sin ir más lejos Miss Pancake me ha mostrado ayer algunos esbozos de paisajes de alta montaña que confirman lo que usted dice.

Miss Pancake derramó la taza de té y se movió torpemente, mientras Beaver continuaba:

-Pero usted se equivoca al decir que la alta montaña es pobre en leyendas. Las he oído bastante extrañas. Aunque, eso sí, no las oí en Europa.

-Lo escuchamos- dijo Sogol de inmediato.

-Tan pronto no –respondió Beaver-. Con el mayor gusto les contaré una de esas historias; los que me la contaron a mí me hicieron prometer que no diría su procedencia, lo que por otra parte poco importa. Pero quisiera transmitirla lo más exactamente posible y, para ello, es menester que la reconstituya en su idioma original, y que después el amigo Lapse me ayude a traducirla. Mañana a la tarde, si quieren se las contaré.

Al día siguiente, después de almorzar, con el yate detenido en un mar que continuaba tranquilo, nos reunimos para escuchar el relato. En general

hablábamos en inglés, a veces en francés, pues todos conocían suficientemente ambos idiomas. Iván Lapse prefirió traducir la leyenda al francés y él mismo leyó el cuento.

HISTORIA DE LOS HOMBRES-HUECOS Y DE LA ROSA AMARGA

Los hombre huecos viven en la piedra, se pasean por ella como cavernas móviles. Se pasean sobre el hielo como burbujas de forma humana. Pero no se aventuran por el aire, pues se los llevaría el viento.

Poseen casas en la piedra, cuyas paredes están hechas de agujeros, y carpas en el hielo cuya tela es de burbujas. Durante el día permanecen dentro de la piedra, pero de noche vagan por el hielo y bailan a la luz de la luna. Jamás ven el sol, pues de hacerlo explotarían.

El vacío es su único alimento, comen la forma hueca de los cadáveres y se embriagan de palabras huecas, de todas las palabras huecas pronunciadas por nosotros.

Hay quienes dicen que desde siempre han sido y por siempre serán. Y hay quienes dicen que son muertos. Y también están los que opinan que cada ser viviente posee su hombre-hueco en la montaña – en la misma forma en que la espada tiene su vaina, el pie su huella- y que al morir se juntan y forman uno solo.

En la aldea de las Cien-casas vivían el viejo sacerdote-mago Kissé y su mujer Hule-hulé. Tenían dos hijos, dos mellizos que en nada se diferenciaban, llamados Mo y Ho. Hasta su madre los confundía. Para reconocerlos, el día en que se les impusieron sus nombres, le colocaron a Mo un collar con una crucecita y a Ho un collar con un anillito.

Una onda preocupación aquejaba al viejo Kissé. Según la costumbre, debía sucederle su hijo mayor. Pero, ¿Cuál era su hijo mayor? ¿Acaso lo tenía siquiera?

Al llegar a la adolescencia, Mo y Ho ya eran montañeses hechos. Se los apodaba “los dos Todo-atravesa”. Un día su padre les dijo: “A aquel de ustedes que me traiga la Rosa-Amarga le transmitiré la gran sabiduría.”

La Rosa-Amarga se halla en la cima de los picos más elevados. Y el que come de ella, en cuanto quiere decir una mentira grande o chica, siente un terrible ardor en la lengua. Aún puede mentir, pero queda advertido. Algunos han visto a lo lejos la Rosa-Amarga: cuentan que se parece a un enorme líquen multicolor o a un enjambre de mariposas. Pero nadie ha conseguido nunca arrancarla pues el menor estremecimiento de temor cerca de ella la asusta y se esconde entre las rocas. Y, aunque se la desea siempre se teme

un poco poseerla, y entonces desaparece de inmediato.

Al hablar de una acción imposible o de una empresa absurda, se dice: “es como querer ver la noche en pleno día” o bien: “es como querer iluminar al sol para verlo mejor”, pero también puede decirse: “es como querer conseguir la Rosa-Amarga”.

Mo ha tomado sus cuerdas, su martillo, su hacha y sus garfios de hierro. Lo ha sorprendido el sol en el flanco del pico Rompe-nubes. Como lagartija, a veces como araña, va subiendo las altas paredes rojas, entre el blanco de las nieves y el azul-negro del cielo. A veces lo envuelven nubecillas ligeras y luego, súbitamente, lo devuelven a la luz. Per de pronto divisa a la Rosa-Amarga un poco más arriba de donde él está, y la Rosa-Amarga brilla con colores que no son los siete colores. Constantemente repite el sortilegio que su padre le ha enseñado para protegerlo del miedo.

Ahora necesitaría un pico, con estribo de cuerda, para montar al caballo de piedra encabritado. Golpea con el martillo y la mano se le hunde en un agujero. Hay un hueco debajo de la piedra. Destroza la corteza y entonces ve que el hueco tiene forma humana: torso, piernas, brazos y también huecos en forma de dedos separados como de miedo; lo que él ha hundido con su martillazo es la cabeza.

Corre un viento frío sobre la piedra. Mo ha matado a un hombre-hueco. Se estremece y la Rosa-Amarga se esconde en la roca.

Mo desciende a la aldea y le dice a su padre: “He matado a un hombre-hueco. Pero he visto a la Rosa-Amarga y mañana iré a buscarla.

El viejo Kissé se tornó sombrío. Presentía una procesión de desgracias. Dijo: “Guárdate de los hombres-huecos. Querrán vengar su muerto. No pueden penetrar en nuestro mundo, pero sí llegan hasta la superficie de las cosas.

Al día siguiente, al alba, Hule-hulé, la madre, profirió un gran grito, se levantó y corrió hacia la montaña. Al pie de la gran muralla roja estaba la ropa de Mo, sus cuerdas y su martillo y su medalla con la cruz. Pero el cuerpo había desaparecido.

-¡Ho, hijo mío! –gritó al volver- hijo mío, han matado a tu hermano!

Ho se yergue con los dientes apretados mientras se le arruga la piel de cráneo. Toma su hacha y quiere partir. Su padre le dice: “Escucha, primero. Esto es lo que hay que hacer. Los hombres-huecos se han apoderado de tu hermano y lo han convertido en hombre-hueco. Pero él querrá escapárseles. Irá allí donde se amontonan las piedras en el glaciar límpido, irá allí para buscar la luz. Ponte alrededor del cuello su medalla y la tuya. Entonces ve hacia él y golpéalo en la cabeza. Entra en la forma de su cuerpo y Mo tornará a vivir entre nosotros. No temas matar a un muerto”.

Ho mira ávidamente al hielo azul del límpido glaciar. ¿Será acaso un juego de luz o son sus ojos los que se confunden, o realmente está viendo lo que cree ver? Ve formas plateadas, como buzos aceitados dentro del agua, con brazos y piernas. Y ahí está su hermano Mo, forma hueca que se escapa, y mil hombre-huecos lo persiguen, pero temen a la luz. La forma de Mo huye hacia la luz, sube hasta un gran montón de piedras azuladas y gira sobre sí misma como buscando una puerta.

Ho se abalanza aunque se le hiela la sangre en las venas y aunque se le parte el corazón le habla a su sangre, a su corazón : “no temas matar a un muerto”, golpea la cabeza rompiendo el hielo. La forma de Mo se inmoviliza, Ho destroza el hielo de las piedras y penetra en la forma de su hermano, como una espada en su vaina, o un pie en su huella. Da codazos, se sacude y arranca las piernas de entre el molde de hielo.

Entonces oye que le hablan con palabras de un idioma nunca antes hablado por él. Comprende que es Ho y Mo al mismo tiempo. Todos los recuerdos de Mo están ahora en su memoria junto con el camino del pico Rompe-nubes y la morada de la Rosa-Amarga.

Lleva en el cuello el anillo y la cruz y se acerca a Hule-hulé: “Madre, ya no será para ti difícil reconocernos, Mo y Ho están en un solo cuerpo, soy tu único hijo Moho”.

El anciano Kissé vertió dos lágrimas ,se le desarrugó el ceño. Pero aún lo asaltaba una duda. Le dijo a Moho: “Eres mi único hijo, Ho y Mo ya no tienen por qué distinguirse uno de otro”. Pero Mo le habló con certeza: “Ahora sí puedo llegar hasta la Rosa-Amarga. Mo conoce el camino, Ho sabe qué debe hacerse. Habiendo dominado el miedo, conseguiré la flor del discernimiento”.

Recogió la flor, el saber fue suyo, y el anciano Kissé pudo abandonar este mundo.

Esa noche todavía se escondió el sol sin abrimos la puerta de otro mundo.

Hubo otra cosa que nos preocupó mucho durante esos días de espera. No se va a un país extranjero, con el propósito de adquirir algo, sin llevar cierta cantidad de dinero. En general los exploradores llevan consigo, como medio de trueque con eventuales “salvajes” e “indígenas”, toda clase de baratijas y pacotilla, cortaplumas, espejos, desechos del concurso Lépine, tiradores y ligas perfeccionados, cretonas, jabones de tocador, aguardiente, fusiles viejos, municiones anodinas, sacarina, kepis, peines, tabaco, pipas, medallas y cordones. sin hablar de los artículos piadosos. Como bien podía sucedernos que encontráramos en el curso de nuestro viaje —y aún tal vez en el interior del continente- pueblos pertenecientes a la especie humana ordinaria, nos proveímos de tales mercaderías que pudieran servirnos como elemento de trueque. Pero en nuestras relaciones con los seres superiores del

Monte Análogo ¿cuál sería nuestra moneda de cambio? ¿Qué cosa, de todo lo que poseíamos, tendría realmente valor? ¿Con qué podría pagarse ese conocimiento nuevo que estábamos buscando? ¿Lo mendigaríamos acaso? ¿O habría que adquirirlo a crédito?

Cada uno hizo su propio inventario y día a día íbamos sintiéndonos cada vez más pobres al comprobar que no había nada, ni dentro ni fuera de nosotros, que nos perteneciese realmente. Hasta que llegó una noche en que eran ocho hombres y mujeres totalmente pobres y desprovistos quienes miraban cómo el sol descendía en el horizonte.

CAPÍTULO CUARTO, DONDE SE LLEGA Y EL PROBLEMA DE LA MONEDA SURGE EN TÉRMINOS EXACTOS

Hemos llegado

Todo nuevo, nada de que asombrarse

Interrogatorio

Instalación en Puerto-de-Monos

Los barcos viejos

El sistema monetario

el Peradam, patrón para cualquier valor

Los descorazonados del litoral

Formación de colonias

Ocupaciones apasionantes

Metafísica, sociología, lingüística

Flora, fauna y mitos

Proyectos de exploraciones y de estudios

“Y, ¿Cuándo se marchan?”

Una lechuza fea

La lluvia imprevista

Simplificaciones en los equipos externo e interno

¡El primer peradam!

Una larga espera de lo desconocido gasta los resortes de la sorpresa. Hace sólo tres días que estamos instalados en nuestra casita provisoria de Puerto-de-Monos, a los pies del Monte Análogo, y ya todo nos resulta familiar. Desde mi ventana veo al Imposible anclado en una ensenada y la bahía que se abre bajo un horizonte similar a todos los horizontes marinos, con la diferencia de que con el curso del sol se levanta perceptiblemente de la mañana al mediodía y baja del mediodía hasta la noche., por un efecto óptico que Sogol, en la pieza de al lado, se está rompiendo la cabeza para estudiar. Se me ha encomendado que lleve el diario de la expedición, y desde la madrugada he estado tratando de poner en el papel el relato de nuestra llegada al Continente. No consigo dar la impresión de esta cosa completamente extraordinaria y al mismo tiempo totalmnte evidente, esta asombrosa rapidez en sentido conocido. He tratado de utilizar

las anotaciones personales de mis compañeros y sin duda van a resultarme útiles. También había contado un poco con las fotografías y las películas que Hans y Karl se propusieron tomar, pero al revelarlas no aparecieron imágenes en la cara sensible, resulta imposible fotografiar con el material corriente y éste es otro problema de óptica para que Sogol se rompa la cabeza.

Bueno, como iba diciendo, hace tres días el sol iba a desaparecer una vez más en el horizonte y mientras le dábamos la espalda, echados en la proa del barco, se levantó de pronto un viento súbito. O mejor dicho una poderosa aspiración nos empujó de repente hacia delante, el espacio se hundió delante de nosotros en un hueco sin fondo, en un abismo horizontal de aire y de agua enlazados imposiblemente en círculos; el barco crujía en todas sus cuadernas y filaba infaliblemente lanzado a lo largo de una pendiente hacia el centro del abismo, hasta que de repente se encontró balanceando con suavidad en una espaciosa y tranquila bahía; ¡y delante estaba la tierra! La ribera se encontraba lo suficientemente cerca como para que pudiésemos distinguir árboles y casas; más arriba, campos sembrados, bosques, praderas, rocas, y más arriba aún vagos perfiles y perfiles de picos altísimos y de glaciares flameando en el rojo del crepúsculo. Una flotilla de barcas con diez remeros —europeos sin duda alguna, de torso desnudo y bronceado— vino a remolcarnos gasta nuestro fondeadero. Por cierto que parecía que se nos esperaba. El lugar se asemejaba mucho a cualquier aldea de pescadores del Mediterráneo. No extrañábamos. El jefe de la flotilla nos condujo en silencio hasta una casa blanca y nos introdujo en un cuarto vacío, con piso embaldosado de color rojo, en el cual se encontraba un hombre con traje de montañés que nos recibió sentado sobre una alfombra. Hablaba perfectamente el francés, aunque a veces se sonreía interiormente como si le parecieran muy curiosas las expresiones que debía usar para hacerse entender por nosotros. Sin duda estaba traduciendo, sin vacilaciones ni errores, pero evidentemente traducía.

Fue interrogándonos uno por uno. Cada una de sus preguntas — a pesar de ser todas muy simples: ¿quiénes éramos? ¿por qué veníamos?— nos tomaba de sorpresa, perforándonos hasta las entrañas. ¿Quién es Ud.? ¿Quién soy yo? No podíamos contestarle como lo habríamos hecho a un agente consular o un empleado de la aduana. ¿Decir el nombre, la profesión? —y eso ¿qué significa? Pero, ¿quién eres? ¿Y qué es lo que eres? Las palabras que pronunciábamos —y no contábamos con otras— carecían de vida, eran repugnantes o ridículas como cadáveres. Así comprendimos que, ante los guías del Monte Análogo, ya no podríamos contentarnos con palabras. Sogol, valientemente, se asignó la tarea de relatar con brevedad nuestro viaje.

El hombre que nos recibió era efectivamente un guía. En ese país toda la autoridad es ejercida por los guías de montaña, que forman una clase especial, y además de sus tareas específicas van asumiendo una tras otra todas las funciones administrativas indispensables en los pueblos de las laderas y del pie de las montañas. Éste nos dio las indicaciones necesarias sobre el país y sobre lo que debíamos hacer. Habíamos abordado en una pequeña aldea del litoral habitada por europeos, franceses en su mayoría. Aquí no existían indígenas. Todos los habitantes han venido de otra parte, de los cuatro rincones del mundo, como nosotros, y cada nación tiene su pequeña colonia en la costa. ¿Cómo explicarse el hecho de haber ido a caer precisamente en esa aldea, llamada Puerto-de-Monos, habitada por europeos occidentales iguales a nosotros? Más tarde íbamos a comprender que no había sido producto del azar, y que el viento que nos aspirara y condujera allí no era un viento natural y fortuito, sino uno soplado a voluntad. ¡Y por qué ese nombre de Puerto-de-Monos, cuando en la región no existían los cuadrumanos? En realidad lo ignoro, pero detrás de ese nombre veía surgir delante de mí, en forma bastante desagradable, toda mi herencia de occidental del siglo XX, curioso, imitador, impúdico y agitado. Nuestro puerto de llegada no podía ser otro que Puerto-de-Monos. Desde allí debíamos alcanzar por nuestros propios medios los chalets de la Base, a una distancia de dos días de marcha por praderas altas, donde encontraríamos al guía que podría conducirnos más arriba aún. Por lo tanto, debíamos permanecer durante algunos días en Puerto-de-Monos para preparar nuestro equipaje y reunir una caravana de peones, pues a la Base debíamos llevar provisiones suficientes como para un viaje muy largo. Se nos condujo a una casita muy limpia y con muy pocos muebles, en la que cada uno de nosotros tenía una especie de celda, que arregló a su gusto, y una sala común, con atrio, en la que nos reuníamos para las comidas y a la noche para realizar sesiones.

Detrás de la casa, un pico nevado nos miraba por encima de su hombro arbolado. Delante se abría el puerto en el que descansaba nuestro barco, el último en llegar dentro de la más extraña marina que se haya visto. En las bahías de la orilla, navíos de todas las épocas y de todos los países se alineaban en hileras cerradas, los más antiguos recubiertos de costras de sal, de algas y de conchillas, lo que los volvía casi irreconocibles. Había allí barcas fenicias, trirremes, galeras, carabelas, goletas, también dos barcos a rueda y hasta una antigua escampavía mixta del siglo pasado; pero estos barcos de épocas recientes eran muy poco numerosos. Era más difícil identificar los más antiguos e indicar su tipo y procedencia. Y todas esas naves abandonadas esperaban tranquilamente la petrificación o que las ingiriera la flora y la fauna marina, o la

disgregación y la dispersión de las sustancias que son los fines últimos de todos los objetos inertes, aunque hayan servido a las empresas más sublimes.

Los dos primeros días los pasamos, casi en su totalidad, transportando del yate a nuestra casa nuestro cargamento de víveres y materiales, verificando el buen estado de todo y empezando a preparar el cargamento que tendríamos que subir a los chalets de la Base, en dos etapas y en varios viajes. Los ocho que éramos, con la ayuda del “capitán” y de los tres marineros, lo hicimos bastante pronto. Para la primera etapa, que demandaría un día, había un buen camino y además podríamos utilizar los grandes burros oscuros y ágiles del país; más adelante todo debería transportarse “a lomo” de hombres. Por lo tanto, fue necesario alquilar asnos y peones. El problema de la moneda, que tanto nos había preocupado, se resolvió en cuanto llegamos. El guía que nos recibió nos entregó, en concepto de adelanto, una bolsa con fichas metálicas que son las que se usan aquí para el intercambio de bienes y de servicios. Como lo previéramos, ninguna moneda de las nuestras servía. Cada persona, o grupo de personas, que llega recibe en la forma que he indicado un cierto adelanto que le permite cubrir sus primeros gastos, suma que se compromete a reembolsar durante su estadía en el continente del Monte Análogo. Pero ¿cómo reembolsarla? Hay varias maneras de hacerlo, y como este asunto de la moneda es fundamental en toda la existencia humana y en cualquier vida social en las colonias del litoral, debo dar algunos detalles sobre el tema.

Aquí puede encontrarse, muy raras veces en a baja montaña, y con mayor frecuencia a medida que se va ascendiendo, una piedra límpida y de extrema dureza, esférica, y de grosor variable: un verdadero cristal, pero, caso extraordinario y desconocido sobre el resto del planeta, un cristal curvo. En el francés de Puerto-de-Monos recibe el nombre de peradam. Iván Lapse se ha quedado perplejo acerca de la formación y el sentido primitivo de esta palabra. Según él, podría significar “más duro que el diamante”, y lo es; o si no “padre del diamante” y efectivamente se dice que el diamante es el producto de la degeneración del peradam por una especie de cuadratura del círculo o más exactamente aún por una curvatura de la esfera; o bien la palabra significaría “la piedra de Adán” y en ese caso tendría alguna secreta y profunda connivencia con la naturaleza originaria del hombre. La limpidez de esta piedra es tan grande, y su índice de refracción tan cercano al aire —a pesar de la gran densidad del cristal— que el ojo inexperto apenas lo percibe; pero, a quien lo busca con deseo sincero y gran necesidad, se le revela por el brillo de sus luces semejante al de las gotas de rocío. El peradam es la única sustancia, el único cuerpo material al que los guía del Monte Análogo

reconocen valor. Y así se convierte en el respaldo de cualquier moneda, como entre nosotros el oro. En realidad, la única manera leal y perfecta de pagar la deuda es reembolsarla en peradames. Pero el peradam es escaso y la búsqueda y recolección difíciles cuando no peligrosas, pues a menudo hay que ir a extraerlo de una hendidura en la pared de un precipicio, o recogerlo al borde de una grieta sobre una pendiente de hielo vivo en el que ha ido a encajarse. Por eso, después de esforzarse a veces durante muchos años, muchas personas se desaniman y vuelven a bajar a la costa donde buscan otros medios más fáciles de pagar su deuda; en efecto, ésta puede reembolsarse simplemente por medio de fichas, y esas fichas pueden ganarse de la manera corriente: algunos se hacen agricultores, otros artesanos, otros estibadores y no hablaremos mal de toda esa gente, pues gracias a ellos resulta posible comprar allí mismo los víveres, alquilar los asnos y contratar peones.

—¿Y si no se llega a pagar la deuda? —preguntó Arthur Beaver.

Se le contestó lo siguiente: Cuando usted cría pollitos, les adelanta granos que más adelante, al convertirse en gallinas, deberán reembolsar en forma de huevos. Pero cuando una pollita llega a la edad apropiada y no pone, ¿qué sucede?.

Todos tragamos saliva muy silenciosamente.

En ese tercer día de nuestra llegada, mientras me ocupaba de redactar estas notas, Judith Pancake hacía unos bosquejos en el umbral de la puerta y Sogol se empeñaba en resolver algún difícil problema de óptica; los otros cinco habían salido en distintas direcciones. Mi muer había ido a hacer las compras, escoltada por Hans y Karl, que por el camino se entregaron a un asalto dialéctico, parece que bastante difícil de seguir, sobre crueles cuestiones metafísicas y paramatemáticas; se trataba, en especial, de la curvatura del tiempo y la curvatura de las cifras — existiría un límite absoluto para cualquier enumeración de objetos reales y singulares, después del cual se encontraría bruscamente la unidad (decía Hans) o la totalidad (decía Karl)— y al final habían regresado muy acalorados y sin haberse percatado mayormente de los kilos de víveres que traían a la espalda, verduras y frutas conocidas o no por nosotros, pues los colonos habían ido aclimatando de todos los continentes leches, pescados y toda clase de alimentos frescos bienvenidos después de un largo viaje por el mar. La bolsa de las fichas era grande, por lo tanto no nos fijábamos mayormente en los gastos. Y además, como decía Lapse, lo que se precisa se precisa.

Lapse, por su parte, paseó por la aldehuela charlando con todo el mundo para estudiar la conversación y la vida social del lugar. Nos hizo un relato muy interesante, pero, lo que sucedió entre nosotros después del almuerzo me quita todo deseo y todo medio de hablar sobre ello. Y

sin embargo, ¡sí! Ganas no tengo, pero no escribo por placer, y algunos detalles de éstos pueden resultar útiles. La vida económica en Puerto-de-Monos aunque muy sencilla, es animada; más o menos lo que debía ser una aldea europea antes de la era de las máquinas, pues en la región no se permite ningún motor térmico ni eléctrico; el uso de la electricidad está prohibido, cosa que nos sorprendió bastante tratándose de un país de montañas. También se prohíbe el uso de explosivos. La colonia –francesa en su mayoría, como he dicho- posee sus iglesias, su concejo deliberante, su policía; pero la autoridad viene de arriba, es decir, de los guías de alta montaña, cuyos delegados dirigen la administración y la policía municipales. Esta autoridad es innegable, pues se funda en la posesión de los peradams; ahora bien, la gente radicada en el litoral únicamente posee fichas lo que permite el intercambio indispensable para la vida material pero no confiere ningún poder real. Sin embargo, no critiquemos a esa gente que, descorazonada por las dificultades de la ascensión, se ha instalado en la ribera y en la baja montaña y allí vive su vida mediocre; por lo menos sus hijos, gracias a ellos, gracias al primer esfuerzo que hicieron para llegar hasta aquí ya no deben realizar ese viaje. Nacen sobre la falda misma del Monte Análogo, sin estar sometidos a las nefastas influencias de las culturas degeneradas que florecen en nuestros continentes, en contacto con los hombres de la montaña, y listos, si en ellos surge el deseo y despierta la inteligencia, a emprender el gran viaje en el lugar en que sus padres lo abandonarían.

Sin embargo, la mayor parte de la población parecía tener un origen diferente. Eran los descendientes de las tripulaciones -esclavos, marineros de todas las épocas- de los barcos guiados hasta esas orillas desde los siglos de los siglos por los buscadores del Monte. Eso explica la abundancia, en la colonia, de tipos extraños en los que puede adivinarse sangre africana, asiática e incluso de razas desaparecidas.

Habría que suponer, ya que las mujeres debieron ser pocas en las tripulaciones de otrora, que la naturaleza, por medio del juego de sus leyes armónicas, había ido restableciendo poco a poco el equilibrio de los sexos por medio de un exceso compensatorio de nacimientos femeninos. Por otra parte, en todo esto que estoy contando, caben muchas suposiciones.

Según lo que relataron a Lapse la gente de Puerto-de-Monos, la vida en las demás colonias del litoral se asemejaba mucho a la de allí, teniendo en cuenta que en todas ellas cada nación y cada raza aportó sus costumbres y hábitos propios, y su idioma. Los idiomas, empero, desde el tiempo inmemorial de los primeros en llegar y por influencia de los guías – que poseen una lengua especial- y a pesar de los nuevos aportes de los colonos contemporáneos,

han evolucionado en forma singular, y el francés de Puerto-de-Monos, por ejemplo, ofrece múltiples singularidades: arcaísmos, préstamos y hasta palabras completamente nuevas que se usan para designar objetos nuevos, como el caso de “peradam”, palabra que ya hemos citado. Tales peculiaridades nos serían explicadas más tarde a medida que fuimos tomando contacto con el idioma de los mismos guías.

Por su parte, Arthur Beaver, se dedicó a estudiar la flora y la fauna de la región, y regresaba, con muy buen color en la cara, de una larga caminata por los campos cercanos. El clima templado de Puerto-de-Monos favorece la existencia de los vegetales y animales de nuestros países, pero además, se encuentran especies desconocidas. Entre ellas, las más curiosas son una campanilla arborescente, cuyo poder germinativo y de crecimiento es tal, que se la utiliza –como una especie de dinamita lenta- para dislocar las rocas cuando se realizan excavaciones; el licoperdón incendiario, que es un bejín gigante que revienta proyectando a lo lejos sus esporas maduras y que algunas horas más tarde, a causa de una fermentación intensa, se enciende súbitamente; el zarzal parlante, bastante raro, que es una clase de mimosa cuyos frutos forman cajas de resonancia de distintas formas, capaces de producir todos los sonidos de la voz humana al frotarse las hojas y que repiten como loros las palabras que se pronuncian a su alrededor; el ciempiés de zarcillo, un miriápodo de casi dos metros de longitud, que va formando círculos y rueda a toda velocidad por las laderas desmoronadas; el lagarto ciclópeo, parecido a un camaleón, pero con un ojo frontal muy abierto, y con los otros dos atrofiados, es un animal que se considera con el mayor respeto a pesar de su aspecto de viejo heraldista; y para terminar citaremos, entre otras, a la oruga aeronauta, que es una clase de gusano de seda que, cuando hay buen tiempo, se hincha en unas pocas horas debido a unos gases livianos que se le producen en el intestino y forma un globo voluminoso con el que se echa a volar; nunca llega a la edad adulta y se reproduce tontamente por partenogénesis larval.

Esas especies extraña ¿fueron traídas en épocas muy lejanas por los colonos procedentes de distintas partes del planeta o son plantas y animales realmente autóctonos del continente del Monte Análogo? Beaver no había logrado resolver el problema. Un anciano bretón establecido en Puerto-de-Monos le relató y contó antiguos mitos –entremezclado, parece, con leyendas de otros países y enseñanzas de los guías- relativos al tema. Los guías a quienes interrogamos más adelante sobre el valor de esos mitos nos contestaron siempre en forma aparentemente evasiva; “encierran tanta verdad –nos dijo uno de ellos- como los cuentos de hadas de ustedes y sus teorías científicas”; otro nos dijo, “un cuchillo

no es ni verdadero ni falso, pero el que lo empuña por la hoja está equivocado”.

Uno de esos mitos decía más o menos lo que sigue:

En el principio, la Esfera y el Tetraedro estaban unidos en una figura impensable, inimaginable. Concentración y Expansión misteriosamente unidas en una sola Voluntad que no deseaba sino a sí misma.

Hubo una separación, pero el Único continúa siendo el único.

La Esfera fue el Hombre primordial, que, deseando realizar separadamente todos sus deseos y posibilidades, se desmenuzó en figuras de todas las especies animales y humanas de hoy en día.

El Tetraedro fue la Planta primordial, que engendró asimismo a todos los vegetales.

El animal, cerrado al espacio exterior, se abre y se ramifica interiormente –pulmones, intestinos– para recibir los alimentos, conservarse y perpetuarse. La planta, abierta al espacio exterior, se ramifica exteriormente para atravesar los alimentos –raíces, follaje–.

Algunos de sus descendientes dudaron, o quisieron sentarse en ambas sillas: éstos fueron los animales-plantas que pueblan los mares.

El hombre recibió un soplo y una luz; solamente él recibió esa luz. Quiso contemplar su luz y gozar de sus múltiples imágenes. Fue rechazado por la fuerza de la Unidad. Solamente él fue rechazado.

Se dirigió a poblar las tierras de lo Exterior, sufriendo, dividiéndose y multiplicándose por ese mismo deseo de contemplar su propia luz y de gozar de ella.

A veces un hombre se somete dentro de su corazón, somete lo visible a lo vidente, y trata de volver al origen.

Busca, encuentra, retorna al origen.

La rara estructura geológica del continente es causa de la enorme variedad de climas y parece ser que con sólo caminar tres días desde Puerto-de-Monos puede encontrarse por un lado la jungla tropical y por otro comarcas glaciares, o si no estepas o desiertos de arena; cada colonia se formó en el lugar que encontró más afín a su tierra natal.

Beaver decía que todo eso debía ser explorado. Karl se proponía estudiar durante los próximos días, los orígenes asiáticos que suponía debían tener los mitos de los cuales Beaver nos había hecho conocer algunos fragmentos. Hans y Sogol debían instalar sobre una colina cercana un pequeño observatorio desde donde volverían a hacer –con referencia a los astros principales y teniendo en cuenta las condiciones ópticas particulares del país– las medidas clásicas de los paralelos, distancias angulares, pasajes al meridiano, espectroscopia y otras, con el fin de deducir los conocimientos exactos sobre las anomalías causadas en la perspectiva cósmica por el cascarón de espacio curvo que rodea al

Monte Análogo. Iván Lapse deseaba proseguir sus investigaciones lingüísticas y sociológicas.

Mi mujer se moría de ganas por estudiar la vida religiosa de la región, las alteraciones –y sobre todo, suponía ella, la purificación y el enriquecimiento que la influencia del Monte Análogo ejerciera en los distintos cultos, ya sea en el dogma o la ética, o bien en los ritos, música litúrgica, arquitectura y demás artes religiosas. Miss Pancake, en este último terreno y especialmente en el de las artes plásticas, se asociaría a ella, sin dejar de proseguir su abundante trabajo de esbozos documentales, que repentinamente cobró considerable importancia para la expedición a raíz de los fracasos fotográficos.

En lo que a mí respecta, contaba con encontrar, en los diversos materiales recogidos por mis compañeros, preciosos elementos para mis investigaciones sobre el simbolismo, sin descuidar por ello mi principal tarea que era la redacción de nuestro diario de viaje, ese diario de viaje que por fin habría de reducirse a este relato que ustedes están escuchando.

Mientras efectuáramos esas investigaciones. Al mismo tiempo, habíamos decidido agrandar nuestro stock de víveres, o hacer algunos negocios, en una palabra, de ninguna manera perderíamos el tiempo.

–Bueno, ¿y cuándo se marchan?– gritó una voz que venía del camino, mientras nos encontrábamos hablando de todos estos proyectos apasionantes, después de almorzar.

Era el guía delegado en Puerto-de-Monos quien nos había interpelado y, sin esperar nuestra contestación, siguió su camino con ese aire de inmovilidad que tienen los montañeses.

Eso nos hizo despertar de nuestros sueños. Pues era cierto que sin siquiera haber dado el primer paso ya nos estábamos echando al abandono; sí, al abandono, pues al satisfacer, aunque sólo fuera un minuto, nuestra curiosidad estábamos abandonando nuestra meta y quebrando nuestras promesas. De pronto todo nuestro entusiasmo de exploradores y los hábiles pretextos con que lo adornamos nos pareció de lo más miserable. Ni siquiera nos animamos a mirarnos. En eso oímos la voz de Sogol que rezongaba sordamente:

–¡Clavemos en la puerta ese horrible búho y vayámonos sin mirar atrás!

Ya todos conocíamos a ese horrible búho de la aidez intelectual y cada uno de nosotros hubiera tenido que clavar el suyo en la puerta, y eso descontando una buena cantidad de urracas charlatanas, de pavos fanfarrones, torcacitas arrulladoras y de gansos; ¡y unos gansos de gordos! Pero todos esos pajarracos están tan anclados, injertados en nuestra carne que sería imposible extraerlos sin destrozarnos las entrañas. Todavía íbamos a tener que habitar mucho tiempo en su compañía, aguantarlos, conocerlos muy bien, hasta que por fin cayesen

como las escamas en una enfermedad eruptiva van cayendo a medida que el organismo sana; no conviene arrancarlas prematuramente.

Los cuatro hombre de nuestra tripulación jugaban a las cartas a la sombra de un pino, y como no tenían la menor pretensión de escalar las cimas, su manera de pasar el tiempo nos pareció, comparada con la nuestra, la más razonable del mundo. Pero, como tenían que ayudarnos a preparar el equipaje, los llamamos para organizar juntos la partida, que fijamos para el día siguiente, costara lo que costase-

Costara lo que costase, es fácil decirlo. Al día siguiente a la mañana, después de trabajar intensamente durante toda la noche para preparar el cargamento, todo estuvo listo, y los burros y los peones reunidos, pero entonces empezó a llover a cántaros. Llovió esa tarde, durante la noche, al día siguiente, llovió torrencialmente durante cinco días. Los caminos estaban anegados y se nos aseguró que estaban impracticables.

De alguna manera había que aprovechar esa demora. Para empezar, hicimos una revisión del equipo. Los aparatos de observación y medida que nos habían parecido hasta entonces lo más precioso de todo, se convirtieron de pronto en cosa de risa —especialmente después de nuestras desafortunadas experiencias fotográficas—, y enseguida comprendimos que algunos de ellos serían inutilizables. Nuestras lámparas eléctricas no podían usarse. Habría que reemplazarlas por linternas. Así nos fuimos desprendiendo de una cantidad bastante abultada de cosas molestas, lo que en cambio nos permitiría proveernos de mayor cantidad de víveres.

Así, pues, recorrimos los alrededores en procura de víveres suplementarios, de linternas y de ropa como la que se usa allí. Esta ropa aunque muy simple era muy superior a la nuestra, por ser el fruto de la larga experiencia de los colonos. Asimismo, encontramos en los negocios de los comerciantes especializados toda clase de alimentos desecados y comprimidos que nos resultarían preciosos. Entre todo aquello que íbamos abandonando, incluimos por fin las “huertas portátiles” inventadas por Beaver, quien después de un día de malhumoradas dudas, prorrumpió de pronto en grandes carcajadas y declaró que se trataba de “chiches estúpidos que lo único que nos hubieran brindado habría sido malos ratos”. Sin embargo, tardó más en decidirse a renunciar a los aparatos respiratorios y a la ropa de abrigo. Pero al final decidimos dejarlos y, en todo caso, volver por ellos si los necesitábamos, para otra tentativa que pudiéramos hacer. Dejamos todas esas cosas al cuidado de la tripulación que las llevaría luego al yate donde iban a instalarse después de nuestra partida, ya que debíamos dejar la casa desocupada para eventuales recién llegados. El asunto de los aparatos respiratorios se debatió entre todos. ¿Había que contar, para afrontar las

grandes alturas, con oxígeno embotellado, o con aclimatación? Las recientes expediciones al Himalaya no habían podido zanjar la cuestión, a pesar de los brillantes éxitos de los partidarios de la aclimatación. Por otra parte, nuestros aparatos eran mucho más perfectos que los usados en las mencionadas expediciones, mucho más livianos y además, debían resultar más eficaces porque no suministraban al alpinista oxígeno puro, sino una mezcla cuidadosamente dosificada de oxígeno y gas carbónico; la presencia de este último gas, excitante de los centros respiratorios, debía permitir, en efecto, reducir considerablemente las cantidades necesarias de oxígeno. Pero, a medida que reflexionábamos y que recogíamos información acerca de la naturaleza de las montañas que tendríamos que atacar, nos íbamos convenciendo de que nuestra expedición iba a ser larga, muy, muy larga; sin duda nos llevaría años. Las botellas de oxígeno no nos alcanzarían y allá arriba careceríamos de medios para llenarlas de nuevo. Tarde o temprano íbamos a tener que renunciar a ellas y entonces valía más hacerlo de inmediato para no retardar, en absoluto nuestra aclimatación. Además se nos aseguró que en las elevadas regiones de esas montañas no había otro medio para subsistir que el hábito progresivo, gracias al cual, se nos informó, el organismo humano se modifica y se adapta en un grado que nos resultaría difícil sospechar.

Siguiendo el consejo del capataz de los peones, cambiamos nuestros esquís que —nos dijo, nos hubieran resultado molestos en algunos pasos accidentados— por una especie de raquetas angostas, plegables y armadas con la piel de un animal semejante a la marmota; aunque su principal utilidad es facilitar la marcha sobre la nieve blanda, también permiten deslizarse con bastante rapidez por las bajadas; asimismo cuando se las dobla, caben con holgura en las mochilas. Conservamos nuestros zapatos claveteados, pero llevamos para reemplazarlos arriba, los mocasines de la región hechos de “cuero de árbol”, una especie de corteza que, una vez trabajada, se parece al corcho y a la goma; esta sustancia aísla muy bien el calor y con incrustaciones de silicio se adhiere al hielo casi tan bien como a la roca, lo que nos permitiría prescindir de los grampones que a tales alturas resultan peligrosos porque las correas, al apretar los pies, impiden una buena circulación de la sangre y predisponen al congelamiento. En cambio conservamos las piquetas; buenas herramientas —que al igual que una hoz, por ejemplo, no admiten perfeccionamiento alguno— los picos también y las cuerdas de seda, y hasta algunos instrumentos de bolsillo muy simples: brújulas, altímetros y termómetros.

Por lo tanto, la lluvia nos resultó bienvenida ya que nos permitió hacer reformas útiles en nuestro equipo. Todos los días caminábamos mucho bajo los chaparrones, a fin de reunir informaciones,

viveres y objetos varios, y también, gracias a eso, nuestras piernas volvieron a retomar la costumbre de funcionar, algo olvidada después de tan larga navegación.

Fue en el curso de uno de esos días lluviosos cuando empezamos a llamarnos mutuamente por nuestros nombres de pila. En realidad la costumbre que teníamos de decir “Hans” y “Karl” había preparado el terreno, y este pequeño cambio no fue el simple efecto de la intimidad.

Si ahora nos llamábamos Judith, Reneé (mi mujer), Pierre, Arthur, Ivan, Théodore (ése es mi nombre), para cada uno de nosotros esto tenía otro significado. Comenzábamos a desprendernos de nuestros antiguos personajes. Así como dejamos en la costa nuestros aparatos molestos, también nos estábamos preparando para rechazar al artista, al inventor, al médico, al erudito, al literato. Debajo de sus disfraces iban apareciendo hombres, mujeres y también toda clase de animales.

Pierre Sogol, una vez más, nos dio el ejemplo, sin saberlo y sin sospechar que se estaba convirtiendo en poeta. Nos dijo, una noche, después de celebrar una asamblea en la playa con el capataz y con nuestro borriquero:

-Los he traído hasta aquí, y he sido su jefe. Ahora depongo mi gorra galonada, que era una corona de espinas para el recuerdo que conservo de mí mismo. En el fondo no perturbado del recuerdo que tengo de mí, se está despertando un niño que logra que la máscara del anciano solloce. Es un niño que busca padre y madre, que, junto con ustedes está buscando ayuda y protección contra su placer y sus sueños, ayuda para convertirse en lo que realmente es sin imitar a nadie.

Mientras Pierre decía esto, hurgueteaba en la arena con la punta del bastón. De pronto sus ojos se fijaron en un punto, se agachó y recogió un objeto, algo que brillaba como una minúscula gota de rocío. Era un peradam, un pequeñísimo peradam, pero su primero y nuestro primer peradam.

El capataz y el borriquero empaldecieron y miraron con grandes ojos asombrados. Los dos eran viejos, habían intentado la ascensión pero se descorazonaron a causa de la moneda.

-¡Nunca –dijo el primero- nunca, no hay hombre que lo recuerde, se encontró alguno tan abajo!
¡En la playa misma! Tal vez sea esta una casualidad única. Pero ¿sería acaso posible que nos llegara así una nueva esperanza?
¿Volveremos?.

Una esperanza que había creído muerta brillaba nuevamente en su corazón. Ese hombre, algún día retomaría el camino. También al borriquero le brillaban los ojos, pero de codicia.

-¡Casualidad –dijo- pura casualidad! ¡A mí ya no me agarran más!

-Tendríamos –dijo Judith-, que confeccionarnos unas bolsitas, muy seguras, que llevaríamos

colgadas del cuello, para ir poniendo los peradams que encontremos.

Era, efectivamente, una precaución indispensable. La lluvia había cesado la víspera; el sol había empezado a secar los caminos, debíamos partir al día siguiente, al alba. Ese fue nuestro último preparativo. Antes de acostarnos todos, con gran cuidado, nos fabricamos una bolsita para los futuros peradams.

CAPÍTULO QUINTO, QUE TRATA DE LA INSTALACIÓN DEL PRIMER CAMPAMENTO

Chalet de la Base

Invitados al segundo campamento

La pista cambia continuamente

Necesidad de enviar viveres a la caravana precedente

Caza (prohibida más arriba : equilibrios biológicos)

Historia del capataz

La otra expedición: sombra de la nuestra

Escamoteo del Diana

Consejos de los guías: conocidos pero con nuevo sentido

“Anteojos descurvadores”

Observemos.

La noche se agolpaba todavía alrededor de nosotros, al pie de los abetos, cuyas copas trazaban rasgos puntiagudos sobre el cielo ya de color de perla; después, abajo, entre los troncos, se encendieron luces rojizas y varios de nosotros vimos abrirse en el cielo ese azul lavado de los ojos de nuestras abuelas. Poco a poco, la gama de los verdes surgía del negro, y a veces una haya refrescaba con su perfume el olor de la resina y realzaba el de los hongos. Con voces de matracas o de fuentes, o de plata o de flauta, los pájaros intercambiaban sus charlas matinales. Avanzábamos en silencio. La caravana era larga: diez burros, tres hombres que los guiaban y quince peones. Cada uno de nosotros llevaba su ración de viveres para la jornada y sus efectos personales; los de algunos pesaban bastante, tanto en el corazón como en la cabeza. Muy pronto retomamos el paso montañés y ese aire fatigado que conviene adoptar desde los primeros pasos cuando se desea caminar mucho sin cansarse. Mientras caminaba, repasaba en mi imaginación los acontecimientos que me habían llevado hasta allí, desde mi artículo de la “Revista de Fósiles” y mi primer encuentro con Sogol. Por suerte, los burros estaban acostumbrados a no caminar demasiado rápido; me recordaba a los de Bigorria y mis fuerzas se renovaban al contemplar el suave engranaje de sus músculos que nunca se desajustaba por contradicciones inútiles.

Pensaba en los cuatro traidores que se excusaron y no nos acompañaron. ¡Qué lejos estaban Julie Bonasse, y Emile Gorge y Cicoria, y ese bueno de Alphonse Camard, con sus canciones de caminante! ¡Como si los montañeses cantaran al caminar! Sí, a veces se canta, después de algunas horas de subida por argayos o por praderas, pero cada uno para sí, entre dientes. Yo, por ejemplo, canto “¡tyak! ¡tyak! ¡tyak! ¡tyak!”; un “tyak” por paso sobre la nieve, y al mediodía, eso se convierte en: “¡tyak! ¡tchi tchi tyak!”. Otro canta: “¡Stoum! ¡Di di Stoum!”, o: “¡dji...pof! ¡dji.pof!”. Es la única clase de canción de caminantes que conozco. Ya no se veían cimas nevadas, sino solamente laderas arboladas, cortadas por acantilados calcáreos y entre los claros del bosque, un torrente, al fondo, a la derecha. En el último recodo del camino, el horizonte marino, que siempre se alzaba con nosotros, desapareció. Mordisqueé una galletita. El burro, con la cola, me espantó unas moscas de la cara. También mis compañeros estaban pensativos. Y es que pese a todo, había habido algo misterioso en la facilidad con que conseguimos abordar el continente del Monte Análogo y, además, parecía que se nos había estado esperando. Supuse que todo eso se explicaría más tarde. Bernard, el capataz, estaba tan pensativo como nosotros, pero sin embargo se distraía menos. Claro que a nosotros nos resultaba difícil no distraernos a cada instante por una ardilla azul, un armiño de ojos rojos parado como una estaca en medio de un claro esmeralda salpicado de hongos sangrantes, una manada de unicornios –que primero tomamos por camellos– que brincaba sobre un espolón erosionado de la pendiente opuesta o un lagarto volador que, delante de nosotros, saltaba de árbol en árbol, entrechocando los dientes.

Exceptuando a Bernard, todos los hombres que habíamos contratado llevaban sobre la mochila un pequeño arco de asta y un manojo de flechas cortas, sin plumas. En el primer alto importante, un poco antes del mediodía, tres o cuatro se alejaron y volvieron más tarde con algunas perdices y una especie de conejillos de Indias, pero grande. Uno me dijo: “Hay que aprovechar mientras la caza está permitida. Los comeremos a la noche. Más arriba, ¡se terminó la caza!”.

El camino salía del bosque y bajaba por cotos ferozmente asoleados hasta el torrente que galopaba con ruido de muchedumbre, y que vadeamos. Levantamos nubes de mariposas nacaradas en la orilla húmeda, y después vino una larga caminata a través de pedregales sin sombra alguna. Volvimos a la orilla derecha, en la que empezaba un bosque de alerces no muy tupido. Yo transpiraba y cantaba mi canción de marcha. Cada vez parecíamos más pensativos aunque en realidad cada vez lo estábamos menos. Nuestro camino subió por encima de un alto banco rocoso y torció hacia la derecha, en

donde el valle se cerraba en una profunda garganta; después se convirtió en un atajo que trepaba implacablemente en medio de enebros y rododendros. Por fin desembocamos en un prado regado por miles de arroyuelos en el que pastaban unas vaquitas regordetas. Después de caminar durante veinte minutos sobre el pasto cubierto de agua, llegamos a una especie de meseta rocosa, con alerces que daban sombra, en donde se erguían algunas construcciones de piedra seca groseramente cubiertas por ramas; era nuestra primera etapa. Todavía nos quedaban dos o tres horas de luz para instalarnos. Uno de los galpones serviría para depositar el equipaje, otro de dormitorio –había algunas tablas y paja limpia y una cocina hecha con grandes piedras–; con gran sorpresa descubrimos que en un tercer galpón había un tambo: Jarros de leche, pellas de manteca, quesos que se escurrían, todo parecía esperarnos. ¿El lugar estaría ocupado? Bernard, cuya primera medida había sido ordenar a nuestros hombres que colocaran sus arcos y flechas en el rincón del dormitorio que les estaba destinado, y también sus hondas, ya que algunos tenían, se acercó a explicarnos:

-Hoy mismo a la mañana esto estaba habitado. Siempre tiene que haber alguien para ocuparse de las vacas. Además, es una ley que se les explicará arriba; ningún campamento puede quedar desocupado más de un día. La caravana precedente sin duda dejó aquí una o dos personas, y esperaban nuestra llegada para proseguir. De lejos nos vieron venir e inmediatamente se marcharon. Les confirmaremos nuestra llegada y al mismo tiempo les mostraré el cebo del camino de la Base.

Lo seguimos durante algunos minutos por una ancha cornisa rocosa, hasta una plataforma desde la que divisamos el comienzo del valle. Se trataba de una especie de circo irregular, en el que desembocaba la garganta, rodeada por altas murallas de cuya cima colgaban de aquí y allá algunas lenguas de glaciares. Bernard prendió una fogata, sobre la cual echó pasto mojado, y después miró atentamente en dirección al circo. Al cabo de unos minutos, vimos levantarse muy lejos, en respuesta a la señal, un delgado hilo de humo blanco, que se confundía casi con la lenta espuma de las cascadas.

El hombre, en la montaña, presta la mayor atención a cualquier signo de una presencia humana. Pero ese humo lejano nos resultó especialmente conmovedor, ese saludo dirigido por desconocidos que iban delante de nosotros por el mismo camino, pues de ahí en adelante el camino unía su suerte con la nuestra, aún cuando nunca llegáramos a encontrarnos. Sobre esa gente Bernard nada sabía.

Desde donde estábamos, podíamos seguir con los ojos casi la mitad del itinerario de la segunda etapa. Habíamos decidido aprovechar el buen tiempo para volver a marcharnos al día siguiente.

Tal vez el mismo día tendríamos la suerte de encontrar a nuestro guía en la Base; aunque quizá fuese necesario esperar que regresase de una excursión más o menos larga. Partiríamos los ocho con todos los peones –menos dos que se quedarían para cuidar las vacas- y los burros y quienes los guiaban volverían a bajar para buscar un nuevo cargamento. Habíamos calculado que en ocho viajes los burros podrían transportar todos los víveres y ropa necesarios, desde la casa del litoral hasta los Prados-húmedos, que era el nombre de la primera etapa. Durante ese tiempo, junto con los peones, recorreríamos el trayecto entre los Prados-húmedos y la Base, y para ello necesitaríamos por lo menos treinta viajes, con cargas de diez a quince kilos, y tomando en cuenta los probables días de mal tiempo, tardaríamos por lo menos dos meses. Así habríamos acumulado en la Base lo necesario para subsistir durante más de dos años. Pero, ¡dos meses de pastoreo!, los más jóvenes de la expedición no veían esto sin cierta impaciencia.

En la plataforma. Casi no podíamos hablar debido a una alta y poderosa catarata que caía en forma atronadora a unos centenares de metros de nosotros. Un puente, si es que así podía llamarse, hecho de tres o cuatro cables tendidos de una orilla a la otra, pasaba a través de la garganta en la que caía la catarata. Al día siguiente pasaríamos por allí. Justo antes de la cascada se elevaba una especie de túmulo grande coronado por una cruz, parecía un calvario o un túmulo fúnebre. Bernard miraba en esa dirección con extraña gravedad. Súbitamente se arrancó a sus pensamientos y nos hizo volver al refugio, donde los peones debían haber preparado la comida. Así era, en efecto, y gracias a su ingenio casi no tuvimos necesidad de recurrir a nuestras provisiones. Por el camino había recogido unos hongos excelentes, y entre las rocallas cortaron cabezuelas de cardos de diversas especies, todas muy sabrosas tanto crudas como cocidas. Y la caza fue muy apreciada por todos, con excepción de Bernard que no quiso comer nada. Observamos también que había verificado atentamente que los arcos y demás armas de los hombres no hubieran vuelto a usarse. Pero sólo después de la cena, a la caída del sol, cuyos rayos hacían resplandecer las cimas boscosas, sólo entonces, mientras hacíamos la digestión alrededor del fuego, cuando le preguntamos sobre el monumento que habíamos visto cerca de la gran cascada, se confió a nosotros.

-Hermano –dijo-. Tengo que contarle la historia, porque a lo mejor no nos separaremos en seguida, y es necesario que sepa a qué clase de hombre –escupió en el fuego- tiene que tratar.

¡Mis hombre son como niños! Se quejan de que la caza esté estrictamente prohibida a partir del lugar en que estamos. Es cierto que en los alrededores hay caza, ¡y muy buena! Pero allá arriba saben lo que hacen al prohibir la caza

pasando Prados-húmedos. Tienen sus razones ¡y eso yo lo sé por experiencia! Por una rata que maté, a menos de cincuenta pasos de aquí, perdí los cuatro peradames que con tanto trabajo había encontrado y conservado y, por añadidura, perdí diez años de mi vida.

Pertenezco a una familia de labriegos, establecida desde hace varios siglos en Puerto-de-Monos. Muchos de mis antepasados se fueron a la montaña y se convirtieron en guías. Pero mis padres, temiendo que yo también me fuese –pues era el hijo mayor-, hicieron todo lo posible para mantenerme alejado del llamado de la montaña. Con ese fin me empujaron al casamiento cuando todavía era muy joven; abajo tengo una esposa a quien quiero y un hijo ya grande; podría arreglarse solo ahora y ella también. Después de la muerte de mis padres –yo tenía treinta y cinco años- comprendí súbitamente lo vacío de tal vida. Y entonces, ¿qué? Yo también iba a seguir educando a mi hijo, para que a su vez perpetuara la estirpe, y así sucesivamente, ¿y para qué? No tengo mucha facilidad de palabra, sabe, aunque antes tenía menos aún. Y eso me angustiaba. Un día, encontré a un guía de alta montaña que estaba de pasada en Puerto-de-Monos; venía a proveerse en casa. Me abalancé sobre él tomándolo por los hombros y no hacía más que gritarle: “¿Para qué, para qué?”.

Me contestó gravemente: “Es cierto. Pero ahora debe pensar: ¿cómo?” Me habló largamente, ese día y los días siguientes. Por último me citó para la próxima primavera –estábamos en otoño- en los chalets de la Base, donde habría de formar una caravana en la que me aceptaría. Conseguí convencer a mi hermano para que me acompañara. También él deseaba saber “por qué” y quería liberarse del apego a las regiones inferiores.

Nuestra caravana –doce personas- trabajó muy bien y consiguió instalarse en el primer campo a tiempo para poder invernar. Cuando volvió la primavera, decidí regresar a Puerto-de-monos para ver a mi mujer y a mi hijo, con la esperanza de prepararlos para que me acompañasen. Entre los chalets de la Base y este lugar en que estamos, me encontré envuelto en una terrible tormenta de viento y de nieve, que duró tres días. En muchas partes el camino estaba cortado por los aludes. Tuve que pasar dos noches seguidas a la intemperie, sin víveres suficientes y sin combustible. Cuando aclaró, me encontré muy cerca de aquí. Me detuve, extenuado de cansancio y de hambre. En esa época, el ganado todavía no había subido hasta los Prados-húmedos, por lo tanto, nunca encontraría algo para comer. Sobre la ladera desmoronada, frente a mí, vi salir de su agujero a una vieja rata de roca. Es un animal que tiene algo del hurón y de la marmota. Salía a calentarse con los primeros rayos del sol. De una buena pedrada le rompí la cabeza, fui a recogerla, la cociné sobre una

fogata alimentada con rododendros y me devoré esa carne coriácea. Reanimado dormí una o dos horas, y después corrí hasta Puerto-de-Monos donde, junto con mi mujer y mi hijo, festejé nuestra reunión después de tan prolongada ausencia. Sin embargo, tampoco ese año conseguí convencerlos para que ascendieran conmigo.

Un mes más tarde, cuando me disponía a retomar el camino de la montaña, fui citado por un tribunal de guía para responder por el asesinato de aquella vieja rata. Cómo se habían enterado del asunto, es algo que ignoro. La ley es inflexible: se me prohibió durante tres años, el acceso a la montaña, más allá de los Prado-húmedos. Una vez que transcurriera ese lapso podía solicitar que me admitieran en la primera caravana a condición, empero, de haber reparado los perjuicios que mi acción hubiera podido causar. Fue un golpe duro. Me esforcé por rehacer mi vida, temporariamente, en Puerto-de-Monos. Junto con mi hermano y mi hijo, me dediqué a la agricultura y la ganadería, para suministrar provisiones a las caravanas; también organizamos cuadrillas de peones cuyos servicios podían contratarse hasta la región prohibida.

Así, mientras nos ganábamos la vida, manteníamos contacto con la gente de la montaña. Pronto también a mi hermano comenzó a aguijonearle el deseo de irse, esa necesidad de las alturas que lo ataca a uno como un veneno. Pero decidió que no se iría sin mí y quiso esperar hasta que yo cumpliera mi condena.

¡Por fin llegó el día! Muy orgulloso llevaba yo en una jaula una gran rata de roca que había atrapado con facilidad y que pensaba dejar en el lugar en donde había capturado la otra, ya que debía reparar los daños. Pero, muy pronto comprobaría cuáles habían sido, en realidad, esos daños. Cuando estábamos por abandonar los Prados-húmedos, a la salida del sol, resonó un terrible estruendo. Toda la ladera de la montaña –que todavía no estaba cortada por la gran cascada- se desplomaba, reventaba, crepitaba en aludes de piedras y barro. Una catarata de agua mezclada con bloques de hielo y de rocas caía de la lengua del glaciar que dominaba esa ladera y abría surcos en los flancos de la montaña. La senda que en ese entonces comenzaba a ascender al salir de los Prados-húmedos y luego atravesaba la ladera mucho más arriba, había sido destruida en casi toda su extensión. Durante muchos días, los desmoronamientos, los chorros de agua y barro, los deslizamientos del terreno se sucedieron y quedamos bloqueados. La caravana volvió a descender a Puerto-de-Monos para equiparse contra esos peligros imprevistos y buscó un nuevo camino hacia los chalets de la Base, por la otra orilla, un camino muy largo, escabroso y difícil, en el cual murieron varios hombres. Se me prohibió que partiera hasta que una comisión de

guías hubiese determinado las causas de la catástrofe. Al cabo de una semana, se me citó ante esa comisión, que declaró que yo era el responsable del desastre y que, en virtud del primer juicio, tenía que reparar los daños ocasionados.

Me quedé estupefacto. Pero me explicaron cómo habían ocurrido las cosas, según el estudio hecho por la comisión. Esto es lo que se me explicó, imparcial y objetivamente, y en la actualidad diría que hasta con bondad, pero eso sí, en forma categórica. Esa vieja rata que yo maté se alimentaba especialmente de una especie de avispa que abunde en ese lugar. Pero, a su edad, una rata de roca no es bastante ágil como para cazar las avispas al vuelo, por lo tanto se comía las enfermas y las débiles que se arrastraban por tierra y volaban con dificultad. De tal manera, destruía las avispas portadoras de taras o gérmenes que por herencia o contagio y, sin su intervención inconsciente, habrían propagado peligrosas enfermedades en las colonias de esos insectos. Una vez muerta la rata, esas enfermedades se propagaron rápidamente y, en la primavera siguiente, casi no quedaban avispas en toda la comarca. Ahora bien, esas avispas, al libar las flores, aseguraban su fecundación. Sin ellas, una cantidad de plantas que desempeñan un importante papel en la fijación de las tierras movedizas.

EPÍLOGO

Así, pues, René Daumal se detuvo en la mitad de una frase del capítulo quinto del Monte Análogo. Su acostumbrada amabilidad le impidió hacer esperar al visitante que llamaba a la puerta ese día de abril de 1944, que fue el último en que aún pudo sostener la pluma.

Su íntimo amigo, A. Rolland de Renéville, que no podía ignorar que Daumal estaba condenado y que preveía que no podría concluir el Monte Análogo, tuvo la idea de rogarle que le indicara en pocas palabras cómo se desarrollarían los episodios siguientes de la obra, pretextando que su mujer, Casilda, que había leído las partes escritas, tenía impaciencia por conocer el final de la aventura allí expuesta. Con esa mezcla de gravedad y picardía que le era habitual, René Daumal resumió en algunas palabras sus intenciones; y esas palabras han quedado grabadas en mi memoria:

“En los capítulos quinto y sexto pienso describir la expedición de los cuatro traidores. Sin duda recuerdas que al comienzo, entre los personajes, se encontraban Julie Bonasse, actriz belga, Benito Cicoria, sastre de señoras, Emile Gorge, periodista y Alphonse Camard, poeta fecundo, quienes nos abandonaron aún antes de empezar. Sin embargo, un buen día por fin deciden embarcarse por su cuenta con algunos

camaradas suyos, para tratar, ellos también, de descubrir el Monte Análogo, pues están persuadidos de que los hemos engañado, y de que si partimos en busca del Monte famoso, fue con la esperanza de encontrar algo mucho más importante que un tipo de humanidad superior. Por eso, nos llamaron "los farsantes". Pensaban que la montaña debía ocultar petróleo, oro y otras riquezas terrenales. Además, presumían que esos tesoros estaban celosamente guardados por un pueblo al que habría que arrancárselos. En consecuencia, equiparon un barco de guerra provisto con las armas más modernas y más poderosas, y levaron anclas. Su viaje estuvo colmado de peripecias, hasta que al fin consiguieron percibir el Monte Análogo y se prepararon para usar sus armas. Pero, como ignoraban las leyes esenciales, fueron cercados por un torbellino infranqueable. Condenados a girar sobre sí mismos, podían, sin embargo, bombardear aquella tierra, pero sus proyectiles regresaban al punto de partida como boomerangs, y así su fin fue irrisorio".

Es fácil imaginar con qué espíritu, a la vez simple y profundo, con qué fantasía inventiva, René Daumal nos hubiera relatado la desventura de esos buscadores descaminados, que han tenido la ocasión de entrever "la montaña que es la vía que une la Tierra con el Cielo", pero que no han sabido comprender su naturaleza, ni concebir por qué medios resulta posible acercarse a ella.

Daumal continuaba así el resumen de lo que se disponía esbozar en el último capítulo de su libro: "Para terminar, quiero explayarme muy particularmente sobre una de las leyes del Monte Análogo: para alcanzar su cima hay que ir de refugio en refugio. Pero, antes de partir de cada uno de ellos, existe el deber ineludible de preparar a los seres que habrán de ocupar el lugar que se abandona. Y sólo después de haberlos preparado se puede continuar el ascenso. En consecuencia, antes de lanzarnos hacia un nuevo refugio hemos tenido que descender, para enseñar nuestros primeros conocimientos a otros buscadores."

Es muy probable que René Daumal hubiera explicado qué entendía por labor de preparación. Pues es un hecho que, en la vida corriente, él mismo trabajaba –y muy seriamente por cierto- en preparar varios espíritus para el difícil viaje en dirección al Monte Análogo.

El título del último capítulo habría de ser:

"Y usted, ¿qué busca?"

Pregunta mejor, más perturbadora, pero también mucho más fecunda que tantas respuestas estereotipadas, pregunta que, por sí misma, ineludiblemente se presenta tarde o temprano a cada uno de nosotros; tomarla en cuenta con seriedad es llegar hasta ese ser profundo que duerme en nosotros y, cruelmente, lúcidamente, prestar oído a su sonido.

René Daumal, no sólo al término de su vida, sino también en el umbral de su búsqueda, ya había distinguido los sonidos huecos de los otros. Quisiéramos saber más, conocer el camino, aunque interrumpido, justamente porque se interrumpió.

Sin embargo, hemos podido conocer estos jalones en forma concisa y exacta. Los transcribo tal como él mismo los expresara en una de las últimas cartas que me escribió:

"Así es como he resumido lo que quisiera hacer comprender a los que trabajan aquí, a mi lado:

He muerto porque no tengo deseos,
No tengo deseos porque creo poseer,
Creo poseer porque no trato de dar;
Al tratar de dar, me doy cuenta de que nada poseo,
Al comprobar que nada poseo, trato de darme yo mismo,
Al tratar de darme yo mismo, comprendo que nada soy,
Al ver que nada soy, deseo transformarme,
Al desear transformarse, se vive."

Vera Daumal.

NOTAS QUE SE ENCONTRARON ENTRE LOS PAPELES DE RENÉ DAUMAL

Prólogo. – Mis primeros contactos con la montaña son recientes. Yo mismo soy un novicio. Sin embargo, un gusto innato por la observación y el esfuerzo simultáneos, y varias otras circunstancias, a menudo me han permitido adquirir en un día la experiencia que a otros les hubiera llevado semanas. Y como estas observaciones son las de un novicio, como son nuevecitas y conciernen a las primeras dificultades con las que se encuentra un principiante, tal vez a éste le resulten más útiles, en sus primeras excursiones, que los tratados escritos por maestros que, sin duda, son más metódicos y completos, pero que únicamente son inteligibles cuando en ellos hay algo, aunque sea un poco, de experiencia previa: toda la ambición de estas notas es ayudar al novicio a adquirir con mayor rapidez esa experiencia preparatoria.

DEFINICIONES

El alpinismo es el arte de recorrer las montañas afrontando los mayores peligros con la mayor prudencia.

Y aquí llamamos arte al logro de un saber en una acción.

Es imposible permanecer por siempre jamás en las cimas, hay que descender. Entonces, ¿de qué

sirve? Mira: lo alto conoce lo bajo, pero lo bajo no conoce lo alto. Al subir observa siempre cuidadosamente las dificultades del camino; mientras subes puedes ir viéndolas; al bajar, ya no las verás, pero si has observado bien, sabrás dónde se encuentran.

Al subir, uno ve; al bajar ya no se ve, pero se ha visto. Existe el arte de moverse en las regiones bajas mediante el recuerdo de lo que se vio al estar más arriba. Cuando ya no es posible ver, por lo menos se puede saber.

Lo interrogué: pero, ¿qué es eso del “alpinismo análogo”?

-Es el arte.

-y ¿qué es un arte?.

-Valor del peligro:

temeridad – suicidio

y además insatisfacción.

-¿Qué es peligro?

-¿Qué es prudencia?

-¿Qué es montaña?

Muchas clases de voces se hicieron oír aún. Y entre lo que dijeron hubo que elegir. Una habló sobre el hombre que, después de bajar de las cimas, llegó al pie de las montañas, donde la mirada abarca solamente los alrededores inmediatos. “Pero posee el recuerdo de lo que ha visto, lo que podrá servirle de guía. Cuando ya no es posible ver, se puede, sin embargo, saber y se puede atestiguar acerca de lo que se ha visto”. Otra voz hablaba sobre los zapatos y decía que cada clavo, cada “ala de mosca” podríamos decir que se tornan sensibles, como un dedo, que palpa el suelo y se aferra a la más mínima rugosidad, y, sin embargo, no son más que zapatos, no se ha nacido con ellos, y un cuarto de hora de cuidado todos los días basta para conservarlos en buen estado. En cuanto a los pies. con ellos nacemos y con ellos moriremos, por lo menos así lo creemos; pero ¿será realmente así?

No hay acaso pies que sobreviven a sus poseedores o que les preceden en la muerte?; a ésa la hice callar, se estaba volviendo escatológica.

Otra habló del Olimpo y del Gólgota, otra del poliglobulismo y de las particularidades del metabolismo de los montañeses. Otra, por fin, anunció que “nos equivocábamos al pretender que la alta montaña era pobre en leyendas, y que por lo menos conocía una bastante notable”. Precisó que, en realidad, en esa leyenda, la montaña servía más de decorado que de símbolo, y que la verdadera ubicación del relato era “en la unión de nuestra humanidad con una civilización superior, allí donde se perpetúa una verdad instituida”. Muy intrigado, le supliqué que me relatara la historia. Hela aquí. La escuché y trato de reproducirla con toda la atención y exactitud de que soy capaz, o sea que aquí aparecerá solamente una traducción bastante pálida y aproximada.

Los zapatos no son como los pies: no se ha nacido con ellos. Por lo tanto, es posible elegirlos. Déjate guiar para esa elección, en primer lugar por gente experimentada, más adelante por tu propia experiencia. Muy pronto, estarás tan acostumbrado a tus zapatos que cada clavo, cada “ala de mosca” será como un dedo tuyo, capaz de tantear la roca y aferrarse; se convertirá en un instrumento sensible y seguro como una parte de ti mismo. Y sin embargo no has nacido con ellos y, cuando se gasten, los tirarás, sin por eso dejar de ser lo que eres.

Tu vida depende un poco de tus zapatos: cuídalos como es debido, pero para eso te arreglarás con un cuarto de hora diario, pues tu vida depende además de muchas otras cosas.

Un compañero mucho más experimentado que yo me dijo: “Cuando los pies no quieren llevarnos más, se camina con la cabeza”. Y es cierto. Tal vez no corresponda al orden natural de las cosas, pero ¿no vale más caminar con la cabeza que pensar con los pies, como sucede a menudo?

Si das un resbalón, o tienes una caída de poca gravedad, no te interrumpas ni por un instante: y al levantarte, ve retomando la cadencia de tu andar. Anota bien en la memoria las circunstancias de la caída, pero no permitas que tu cuerpo rumie ese recuerdo. El cuerpo siempre está tratando de hacerse el interesante con temblores, agobios, palpitaciones, chuchos, sudores, calambres, pero es muy poco sensible al desprecio y a la indiferencia que le testimonia su amo. Si siente que éste no se deja engañar por esas jeremiadas, si comprende que con nada conseguirá apiadarlo, entonces retoma su lugar y dócilmente cumple su labor.

El momento peligroso.

Diferencia entre pánico y presencia de ánimo.

El automatismo (amo o esclavo).

Ten fija la vista en el sendero que asciende hacia la cima, pero no te olvides de tus pies. El último paso depende del primero. No creas que has llegado por el hecho de ver la cima. Vela por tus pies, asegúrate de tu próxima pisada, aunque sin olvidarte de tu meta más alta. El primer paso depende del último.

Cuando vayas al azar, deja alguna huella de tu paso, ella te guiará al regreso: una piedra colocada sobre otra, algunos pastos aplastados por un bastonazo. Pero si llegas a un lugar infranqueable o peligroso, piensa que la huella que has dejado podría extraviar a los que vengan después. Vuelve entonces sobre tus pasos y borra las huellas. Y esto está dirigido a quienquiera desee dejar huellas de su paso. Aún sin quererlo siempre dejamos huellas. Responde por tus huellas ante tus semejantes.

No te detengas nunca sobre una ladera de terreno por desmoronarse. Aún cuando creas tener los pies bien afirmados. Mientras tomas aliento mirando el cielo, la tierra poco a poco va cediendo bajo tus pies, la tierra

imperceptiblemente se va desmoronando y de pronto te vas como un barco al que se bota. La montaña acecha constantemente la ocasión de hacerte una zancadilla.

Si después de haber bajado y vuelto a subir tres veces por corredores que terminan a pico (cosa que no se ve sino hasta el último momento) las piernas te empiezan a temblar desde la rodilla hasta el tobillo y los dientes se te cierran, llégate primero a alguna pequeña plataforma donde puedas detenerte sin peligro; recuerda entonces todos los insultos que sepas y grítaselos a la montaña, y escúpela, y por fin insúltala de todas las maneras posibles, bébete un trago, cómete un bocado y ponte de nuevo a trepar, tranquila, lentamente, como si delante de ti tuvieras la vida entera para salir de ese mal paso. A la noche, antes de dormirte, cuando lo recuerdes, te darás cuenta de que todo era una comedia: no era a la montaña a quien hablabas, ni fue la montaña la que venciste. La montaña no es sino roca o hielo, sin oídos y sin corazón. Pero esa comedia te ha salvado quizás la vida.

Muchas veces también, en momentos difíciles, te sorprenderás hablándole a la montaña, a veces adulándola, otras insultándola o prometiéndoles cosas, o amenazándola, y te parecerá que la montaña te contesta, si es que le has hablado como debías, dulcificándote, sometiéndote. No te desprecies por ello, no te avergüences de comportarte como esos hombres que nuestros sabios denominan primitivos o animistas. Ten en cuenta solamente, cuando más tarde recuerdes esos momentos, que tu diálogo con la naturaleza no era más que la imagen exterior de un diálogo que ocurría interiormente.

.los glaciares regenerados.

Con un grupo de camaradas, fui a buscar la Montaña que es la vía que une Tierra y Cielo; que debe existir en algún lugar en nuestro planeta, y que debe ser morada de una humanidad superior: eso fue racionalmente comprobado por aquél al que llamábamos Padre Sogol, nuestro mayor en las cosas de la Montaña, y que fue jefe de la expedición.

Y he aquí que hemos abordado al continente desconocido, nudo de sustancias superiores implantado en la corteza terrestre, protegido de la curiosidad y la codicia por la curvatura de su espacio, como una gota de mercurio, debido a la tensión superficial, es impenetrable para el dedo que intenta tocar su centro. Con nuestros cálculos –no pensando sino en eso-con nuestros deseos –abandonando toda esperanza- con nuestros esfuerzos –renunciando a cualquier comodidad- forzamos la entrada a ese mundo nuevo. Así nos parecía. Pero más tarde supimos que, si conseguimos abordar al pie del Monte Análogo, fue porque para nosotros las puertas invisibles de esa región invisible habían sido abiertas por quienes las custodiaban. El gallo que da toques de clarín en el alba lechosa cree que su canto

engendra el sol; el niño que grita en un cuarto cerrado cree que sus gritos lograrán que se abra la puerta; pero sol y madre siguen su camino, trazado por las leyes de su ser. Nos abrieron la puerta aquellos que nos ven aún cuando no conseguimos vernos a nosotros mismos, respondiendo con generosa acogida a nuestros cálculos pueriles, a nuestros deseos inestables, a nuestros esfuerzos limitados y torpes.